

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 14. — N° 126.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

El ejército sardo; grabado. — De Madrid á Newcastle. — Revista de Paris. — Fiesta de Kaaté-Saidié, en el atajo del Nilo; grabado. — Ensanche de la ciudad de Santander; grabado. — Un asesinato en Riga. — Las fiestas de Juana de Arco en Orleans; grabados. — Metamorfosis castellanas — A la muerte de mi madre. — El álamo blanco. — Los cazadores de infantería; grabados. — La casita del Soto. — Revista de la moda. — Embarque de tropas para Oriente; grabados.

El ejército sardo.

Nuestros lectores saben ya que la Cerdeña al firmar un tratado de alianza ofensiva y defensiva con la Francia y la Gran Bretaña, se obligó á suministrar para las necesidades de la guerra actual, un cuerpo de 15,000 hombres organizado en brigadas formando dos divisiones y una brigada de reserva bajo el mando de un general sardo. En efecto, canjeadas las ratificaciones de este convenio militar, el gobierno piemontés procedió inmediatamente á la formacion de ese cuerpo compues-

to de infantería, caballería y artillería en proporcion á su fuerza real, y á la organizacion de los servicios administrativos para que las tropas pudieran marchar cuanto ántes al teatro de la guerra. Estas disposiciones gubernamentales se tomaron con tanta rapidez y acierto, que el total del ejército expedicionario de S. M. el rey de Cerdeña se encontró organizado prontamente.

Las divisiones se han ido embarcando sucesivamente, pero ántes de salir la primera, el grueso del cuerpo expedicionario reunido en Turin, presentó sus bande-



Bendicion de banderas del cuerpo expedicionario de S. M. el rey de Cerdeña.

ras á la bendición de la iglesia; interesante ceremonia á la que asistió una inmensa muchedumbre ansiosa de contemplar á los soldados que iban á combatir con los franceses y los ingleses en defensa de la civilización y de la justicia. — El *Monitor* del 11 publica un despacho anunciando la llegada al teatro de la guerra del general de la Marmora, con un primer cuerpo de 4,500 hombres.

De Madrid á Newcastle.

(Artículo tercero.)

Dice un antiguo refran castellano que el que anda entre la miel algo se le pega, y en cuanto á mí puedo asegurar que no solo se me pega la miel sino las abejas, pues siempre que he tratado de acercarme á una colmena he sufrido el pinchazo de aquel maldito aguijón que tiene tanto de amargo como la miel de dulce. Pero vamos á la filosofía del refran, por el cual he querido explicar á mis lectores la causa de la monotonía y hueco borboto de palabras que constituyen la forma y fondo de los artículos que estoy escribiendo. He dicho ya que nuestra literatura contemporánea es eminentemente vacía y charlatanera; parece estar cultivada, no por hombres y mujeres, sino por loros y cotorras, tordos y urracas, animalitos plumados que tienen como nosotros la facilidad de pronunciar ciertos vocablos, y como nuestros poetas la facultad de hablar sin discurrir. No hace mucho que cayó en mis manos una poesía dedicada por uno de nuestros mas acreditados vates á Dios, y en ella se explicaba de este modo, enteramente original, la creación del globo en que habitamos:

Dios: tú eres Dios, el que en el alma mia
Puso un fanal que ahuyenta las tinieblas.
Tú formaste la tierra, que, vacía,
Era un monton de entorpecidas nieblas.

¿Qué dirían al ver esto los materialistas ideólogos que han osado examinar y contradecir las revelaciones consignadas en el Génesis? No sé lo que ellos podrían decir, pero digo de mi propia cuenta que si, como algunos creen, la sublimidad, la elocuencia y la poesía consisten en amontonar palabras con cierta armonía, pero sin sentido, como en los versos que acabo de copiar, no hay genios comparables á las cotorras y loros, urracas y tordos para quienes todo el encanto de la palabra está en ignorar su significación. ¡Dios! ¡tú eres Dios! Hé aquí un descubrimiento facilísimo, un descubrimiento para el cual no hace falta saber matemáticas puras, ni mixtas, ni ciencias naturales, ni economía política, ni jurisprudencia, ni nada, y sin embargo he visto á algunas personas entusiasmarse y exclamar: « ¡Dios! ¡tú eres Dios! ¡Qué idea tan profunda! » ¿En qué estará la profundidad de esta idea? Una de las cosas que primero explican los lógicos es el axioma que dice que toda cosa es igual á ella misma, lo que los algebristas simplifican y generalizan diciendo $A = A$. Pues bien, el autor á que me refiero no necesitaba saber mas que este axioma, y el tal axioma se sabe sin aprenderlo en los libros, para endosar lo que algunos llaman una idea profunda y que en mi concepto no es mas que una verdad de Pero-Grullo semejante á estotra que los amantes de las verdades evidentes han admirado, admiran y admirarán hasta la consumación de los siglos en Calderon de la Barca:

Y los sueños, sueños son.

Pero lo peor de la estrofa que ántes he citado está en los dos últimos versos y estos pertenecen cabalmente al género de los que gozan mas estimación entre los aficionados á las cosas que llaman sublimes, y cuya sublimidad estriba por lo comun en la incongruencia. ¿Con que la tierra era vacía cuando Dios la formó? Pues si era vacía ¿cómo podía ser tierra? ¿Con que la tierra vacía era un monton de entorpecidas nieblas? Pues si era un monton de nieblas, entorpecidas ó no entorpecidas, no era vacía; era un cuerpo y existía en un estado mas ó menos denso, mas ó menos aeriforme, ántes de su creación. Y si existía ántes de crearse ¿cómo pudo ser creada? Lo confieso: en estas cuestiones me encuentro yo mas entorpecido que las nieblas de que Dios formó la tierra, cuando era vacía, y jamás llevo á comprenderlas, sin duda porque son demasiado profundas. ¡Qué diablo! como dice Víctor Hugo, un pozo es lo contrario de una torre; y si me dan á escoger entre un pozo y una torre, opto por la torre cuya importancia se calcula por la elevación y no por el pozo cuyo mérito se mide por la profundidad. Pero desgraciadamente no soy torre; no puedo contemplar desde una respetable altura las cosas y las personas, levantando mis pensamientos al nivel de esas regiones en que moran las águilas y las tempestades, recibiendo el saludo de todos los vientos que silban, cantan ó brraman segun el impulso con que surcan la atmósfera en sus emigraciones volátiles, admirando la humildad de los pájaros que se dignasen bajar hasta el ala de mi sombrero y compadeciendo á los orgullosos potentados á quienes podría aplastar, sin casi levantar los pies, bajo las suelas de mis tacones. Soy pozo tambien, ó por lo menos soy contemporáneo y compañero de los poetas pozos, de los vates profundos que hacen un libro sobre el asunto mas trivial sin ninguna de las ideas, reglas y

condiciones que debe tener un libro, y la prueba de lo que voy diciendo está en lo que llevo dicho.

¿Qué he dicho hasta ahora? Que hice mi travesía de Madrid á Buitrago, total doce ó catorce leguas, y para eso he escrito ya cerca de dos artículos y medio, casi tanto, en cuanto al volumen, como lo que escribió M. de Lamartine acerca de su viaje á Oriente y mas de lo que ha escrito el célebre navegante inglés, John Ross, despues de haber ido al polo mas veces que pelos tiene; es decir mas que pelos tiene John Ross, porque el polo no tiene pelos. A este paso mi viaje de Madrid á Newcastle debía formar una biblioteca como la de Alejandria, y mas digna que aquella de ser quemada, pues al ménos podría calentarse la gente á sus resplandores sin inquietarse por la pérdida del combustible.

En efecto, he dicho que me trasladé de Madrid á Buitrago; pero todavía no he dicho nada de mis compañeros de viaje, como es costumbre, aunque en mi concepto no debe hacerse mención sino de aquellos que ofrecen algo de raro, particular ó característico. Los que conmigo venían eran en general de los mas comunes, y sobre los cuales apenas podría decirse lo que cierto sugeto contestó á una pregunta de otro, todo lo cual quiero contárselo á mis lectores como me lo contaron á mí:

— ¿Has estado en Bene-vento?
— Estuve una temporada.
— ¿Qué se dice de mí? — Nada;
Y puedes estar contento.

El único digno de honorífica. ó por lo ménos, de especial mención era un tal Antonio vecino de Irun; hombre alegre, servicial y que ha ejercido toda clase de profesiones ú oficios. Otro sugeto habia que no era viajero, aunque era mas viajero que todos nosotros, como que vive de hacer viajes, y este era el mayoral de la diligencia, ciudadano francés de quien nos hicieron en Madrid mil elogios ántes de partir y cuyo nombre siento no recordar, no porque tengo mucho interés en saberlo, sino al contrario para no entrar jamás en una diligencia conducida por tan excelente mayoral. Este y Antonio se hicieron desde luego íntimos amigos, lo que era muy natural, pues tenían ambos una propiedad por la cual el uno y el otro debían juntarse obedeciendo á una irresistible y reciproca atracción. Eran los dos aficionados á lo que burlescamente llaman en Madrid agua de cepa ú orchata de Valdepeñas, y creo que no hubo desde la corte á la frontera de Francia una población, ni una venta ó ventorrillo, donde no se detuviese la diligencia, con el solo y laudable fin de que Antonio y el mayoral mojasen la palabra. Esta operación se repetiría lo ménos ochenta y cuatro veces en las ochenta y cuatro leguas que hay desde Madrid á Irun y contando á cinco minutos por cada detención resulta que Antonio y el mayoral no ocasionaron el retardo de siete horas, tiempo no despreciable y mucho ménos cuando á las incomodidades consiguientes á un viaje se añade la del frio que no nos abandonó un solo instante en todo el camino. Pero aparte de este defecto, si defecto puede llamarse á lo que es un verdadero exceso, el compañero Antonio era digno de cualquier premio y alabanza por su carácter servicial y por su omnisciencia. Si alguna dificultad habia (que no eran pocas ni flojas por el estado de los caminos) para atravesar algun terreno, Antonio la zanjaba fácilmente, como que habia sido arriero, zagal y conductor casi toda su vida. Si el carruaje se desgovernaba, rompiéndose la lanza ó el eje, lo que aconteció diferentes veces, Antonio lo arreglaba todo, como que ántes de ser carromatero habia sido carretero. Si la reparación exigía piezas de hierro, como abrazaderas, garfios, etc., Antonio las hacia en la próxima fragua y las colocaba en debida forma, como que tambien habia sido herrero y cerrajero. Si una mula se ponía mala ó dejaba caer una herradura, nadie mas que Antonio la curaba y herraba, como que habia ejercido el oficio de herrador unido á la profesión de albéitar. El fué quien indicó (y realizó) el modo de retirar la diligencia próxima á estrellarse en el puente de Buitrago: él desenganó los tiros de los varios carros amontonados en aquel punto para unirlos al de la diligencia atrancada, volviéndolos á enganchar luego en sus lugares respectivos con tanta perfección como prontitud; él dirimió la contienda suscitada entre el mayoral de la diligencia atrancada, un guardia civil y un peon caminero, manifestando saber mas que todos en lo que á cada uno concernía, como que ya hemos dicho que habia sido mayoral y ahora debemos añadir que tambien habia sido guardia civil y peon caminero. En una palabra, nuestro compañero Antonio valdria por quince si no bebiera por veinte; aunque quizá era la bebida el agente que multiplicaba tan prodigiosamente las facultades físicas é intelectuales de que hizo una ostentación inverosímil durante nuestro viaje por España.

El mayoral bebía mas que Antonio, pero el licor báquico producía en él un efecto muy diferente: le hacia dormir, y el carruaje participaba en su marcha de aquella falta de equilibrio que habia en la cabeza del mayoral. Siempre iba inclinado á un lado ó á otro, con un desnivel de lo ménos treinta centímetros, lo que elevaba á un noventa por ciento la probabilidad que los viajeros lleváramos de volcar á cada paso, lo que no es divertido.

Sabido es que los caminos reales tienen la superficie convexa, presentando una eminencia ó lomo en el centro, no solo porque así lo aconseja la ciencia, calculando que allí donde mas continuo es el traqueteo

debe haber mas sólido y abundante material, sino tambien para facilitar una vertiente fácil á las aguas, evitando los inconvenientes que estas producen cuando se aglomeran ó estancan. Por desgracia, el camino de Madrid á Francia que ántes era malo de puro viejo, era mucho peor en mi último viaje por demasiado nuevo, pues habian echado en él tanta piedra, dando al lomo ó eminencia central tan estupenda elevación, que mas bien que un camino parecia un vallado. En semejante caso lo que aconsejaba la prudencia era marchar por el medio, de modo que las ruedas describiesen líneas equidistantes y paralelas á la especie de caballete de aquella especie de tejado; pero nuestro mayoral que no era un discípulo aventajado de Newton, y aunque lo fuese, no tenía la cabeza para pensar en las leyes de la gravedad, hacia de modo que las ruedas de un lado pasasen siempre por la línea mas alta y las del opuesto por el arroyo del camino. Esto nos tenía naturalmente alarmados y por mas avisos que dábamos al mayoral no pudimos conseguir la enmienda, ni siquiera una urbana contestación. Para mí, lo digo francamente, debe ser el tal mayoral no solo un sabio sino un santo, pues hacer lo que él hizo por volcar durante la carrera y no conseguirlo, es mas que resolver un problema, es obrar el mayor de los milagros. Desde que yo ví marchar una diligencia tanto tiempo en la forma expresada me explico fácilmente como pueden andar las moscas por las paredes sin caerse, y no hago el menor caso de lo que dicen los naturalistas, sobre el vacío que suponen formarse en las patas de las moscas para adherirlas enérgicamente á los planos inclinados y tersos. Nuestra diligencia no formaba el vacío en las ruedas que son sus patas, y sin embargo, andubo por un plano inclinado todo el camino, con tanto aplomo y seguridad como las moscas. Pero ahora caigo en que si no era mosca nuestra diligencia, el mayoral traía consigo una mosca tan voluminosa que debía comunicar sus propiedades á todo lo que con él se rozaba, y hé aquí como vuelve á quedar en pié la teoría de los naturalistas sobre las moscas, pudiendo explicarse por las leyes físicas lo que nos parecia un milagro, ó lo que es lo mismo, una infracción de dichas leyes.

De esta manera llegamos á Aranda de Duero, buen pueblo de pesca, como su mismo nombre lo indica, pues está tomado del famoso rio que baña sus pobres murallas, aunque á decir verdad ni Aranda tiene murallas ni estas están bañadas por el Duero. Una cosa nueva observamos en este trozo de camino, y era que deseando nosotros alejarnos de la sierra todo lo posible, porque creíamos lógicamente que así nos alejaríamos de la nieve, nos encontramos con que habia mas nieve cuanto mas nos apartábamos de la sierra; pero ¿no era nuevo por ventura todo lo que observábamos en este viaje fenomenal? Ya he dicho que el camino estaba nuevo y la diligencia caminaba de un modo nuevo tambien. ¿Porqué pues los metéoros no habian de estar en razon inversa del terreno que pisábamos? En esta inteligencia me incliné yo á creer que caminando hácia el Norte llegaríamos á Inglaterra sofocados por un calor enteramente tropical; pero me llevé chasco, porque la manta de nieve que tapizaba el suelo de Madrid, y que debía cubrir por lo visto la mayor parte de la Europa, no presentó un solo agujero en todo el camino. Afortunadamente en Aranda tuvimos un recibimiento el mas satisfactorio que puede imaginarse. La mesonera comprendiendo por el tiempo y retraso con que llegáramos que traeríamos frio, hambre y sed, nos esperaba con hermosos braseros encendidos, un carnero asado y ricas botellas de agua del rio; porque debo advertir que en tierra de Aranda es muy sana el agua del rio y no se conoce carne mas sabrosa que la del carnero, de donde viene aquel refran antiguo que dice:

Come carnero por caro que valga;
Bebe agua del Duero por turbia que vaya.

Obedientes nosotros á este precepto y despues de calentarnos un rato comimos carnero y bebimos agua del rio. Pero Antonio el de Irun, que era vascongado, y el mayoral, que era francés, no tenían tanta fé como nosotros en los refranes de Castilla, y así en lugar de beber agua del Duero se tiraron al colete dos ó tres azumbres de vino, por no perder la costumbre.

Pero para dar cuenta de mis viajes, ¿debo referir detalladamente todo lo que nos aconteció en cada parada que hicimos? Esto seria el cuento de nunca acabar, y como yo deseo acabar alguna vez, pasaré por alto muchas cosas que tal vez en otra ocasion me sirvan de motivo para uno ó mas artículos de costumbres. Ahora me limitaré á decir que sin mas novedad digna de atención llegamos á Búrgos, despues á Miranda y luego á Vitoria, donde se acabó el mal camino y por consiguiente dejó la diligencia de andar como las moscas para adoptar la marcha regular de las diligencias. Sin embargo donde acababa el mal camino puede decirse que comenzaba otro peor, pues si ántes corrimos á cada paso el riesgo de volcar, ahora viajando por aquellas montañas atroces, teníamos á cada instante el peligro de rodar hácia un abismo cuyo fondo nos hacia erizar los cabellos. Tres veces nos vimos en peligro de muerte desde Vitoria á San Sebastian y diré cómo.

La primera fué bajando la célebre cuesta de Salinas, donde el mayoral, segun la mala costumbre que hay en España de bajar las cuestas á escape, dió rienda suelta á las mulas que como el conejo de la fábula *no digo corrían, sino volaban* por aquella pendiente rápida y tortuosa, donde puede muy fácilmente perderse

centro de gravedad y caer á un precipicio de la profundidad de doscientos ó trescientos metros. En una de estas revueltas, en efecto, las mulas iban desbocadas, el carruaje debía describir una curva demasiado pronunciada para la velocidad con que corría, y perdiendo el equilibrio fué derecho á lanzarse por uno de los mencionados precipicios; pero por fortuna había andado un poco más y pudo ser detenido por una pequeña casa contra la cual dió tan fuerte sacudida que los cristales se rompieron casi todos, el eje y otras piezas se rajaron y todos los viajeros sacamos más ó menos fuertes contusiones. Antonio el de Irun compuso todo lo que exigía reparación, montamos de nuevo encargando mucho cuidado al mayoral para lo sucesivo y la diligencia volvió á partir con mayor velocidad que ántes, haciéndonos olvidar el susto de lo pasado con el temor de lo futuro.

El segundo percance tuvo lugar al subir la famosa cuesta de Descarga, donde como es sabido se enganchan bueyes á la diligencia por medio de una gruesa cadena de hierro. Llegamos á la mitad de nuestro ascenso cuando la cadena se rompió: los bueyes siguieron muy serios hacia adelante; el carruaje muy alegre hacia atrás y los viajeros continuamos muy tristes en nuestros asientos viendo que nos íbamos á despeñar irremisiblemente. Las dos mulas que llevaban la lanza reculaban arrastradas por el carruaje y el mayoral y el zagal no encontraban mejor medio de evitar la catástrofe que tratar de contener las ruedas, lo que era de todo punto imposible. Todos empezamos á gritar viéndonos ya en el borde del abismo; todos creíamos inevitable nuestra muerte; pero por fortuna estaba allí cerca Antonio el de Irun que más entendido que los otros confió más en las fuerzas de las mulas que en las suyas propias, y empezó á dar á dichas mulas tan horribles latigazos que las obligó á detenerse, con lo cual pudo atrancarse el carruaje, dando lugar á enganchar los bueyes nuevamente. Antes de acabar la cuesta volvió á romperse la cadena repitiéndose los mismos accidentes y logrando otra vez salvar nuestras vidas por la intervención inteligente y activa de Antonio el de Irun á quien yo viviré siempre agradecido á pesar del retraso que nos ocasionó con sus frecuentes libaciones, así como no quiero perdonar al mayoral los tragos que nos hizo pasar y que eran hijos de los tragos que él echaba en unión con el compañero Antonio.

De este nos despedimos en su pueblo y entramos en Francia, en esa nación donde nada podíamos temer ya de los caminos, aunque algo debiéramos recelar de las personas, como se demostrará en el artículo inmediato, para justificar la desconsoladora verdad de que en esta vida solo podemos vencer alguna dificultad para tropezar con algún inconveniente. Pero ¿qué lo hemos de hacer? Al fin y al cabo la naturaleza nos ha dado tal horror á la muerte que debemos resignarnos á vivir todo lo posible, diciendo de sus contratiempos lo que el otro decía de las miradas de su querida, según el antiguo cantar:

Si me miras me matas,
Y si no también.
De todos modos muero,
Conque... miramé.

J. M. VILLER GAS.

Revista de París.

El martes último á la hora prefijada en el programa se abrió la Exposición Universal con toda la pompa consiguiente á un acontecimiento tan grandioso. El vasto salón del palacio de la Industria apenas podía contener la muchedumbre de convidados á la ceremonia. Esta vez la crónica puede asegurar sin temor de equivocarse que la muchedumbre era escogida y brillante. Todo el París oficial estaba allí luciendo sus galas de corte; el senado, el cuerpo legislativo y el consejo de Estado; los miembros de la comisión imperial, del jurado internacional y los comisarios extranjeros; el cuerpo diplomático; diputaciones de la magistratura, de los ministerios, etc.; el tribunal supremo, el Instituto de Francia, el estado mayor de la guardia nacional, el del ejército, el arzobispo de París y su clero, los cuerpos universitarios, académicos, científicos y de bellas artes, en una palabra, todos los poderes constituidos rodeaban el solio imperial levantado en medio del salón en frente de la puerta de entrada, donde el Emperador iba á declarar abierta la Exposición Universal de 1855.

A la una el cañón dió la señal anunciando que SS. MM. el Emperador y la Emperatriz salían del palacio de las Tullerías. Un tiro de ocho magníficos caballos llevados de las bridas por lacayos á pié conducían un rico carruaje que salía por la vez primera. Esta carroza descubierta y adornada de espejos dejaba ver al Emperador en uniforme de general y á la Emperatriz en todo el brillo de su hermosura realzada con un prendido de una riqueza extraordinaria. Seguían seis carruajes con las damas de la corte y las personas de la comitiva, que llevaban tiros de cuatro caballos. De Tullerías al palacio de la Industria un gentío inmenso se apiñaba desde muy temprano para ver pasar esos esplendores imperiales.

No entraremos aquí en los detalles de la ceremonia de inauguración, primero porque no es de nuestra competencia en este lugar, y después porque no estando dispuestas todavía las grandes láminas que deben acompañar las descripciones, tenemos forzosamente que aplazar para el

próximo número la narración completa de esta solemnidad del 15 de mayo que formará época en los anales de la industria francesa. Así nos limitamos, pues, á señalar el hecho.

La Exposición, aunque abierta ya oficialmente, está muy lejos de presentar aun á los ojos de los visitantes todas sus riquezas. Los carpinteros, pintores y adornistas están trabajando aun, y hay países, como verbigracia la España, cuyos productos se hallan encajonados todavía. Es verdad que nuestro país suele tener el privilegio de ser el último en muchas ocasiones; no sé quien ha dicho, si fué un rey de Francia ó un diplomático famoso, que desearía que la muerte le llegase de España, porqué así estaría seguro de que vendría tarde; de todos modos el dicho ha de ser moderno, por la sencilla razón de que en otro tiempo tenía otra fama la España.

La Exposición de bellas-arte está mucho más adelantada. Cada nación ostenta ya en su lugar correspondiente las obras de sus talentos contemporáneos, y es un espectáculo nunca visto el que ofrece esa inmensa colección de lienzos y de estatuas, donde se encuentran todos los estilos, todos los géneros, todas las escuelas modernas del universo. Jamás ha podido reunirse una galería semejante. El público acude con ansia á este palacio artístico, que exige largo tiempo para examinarse. Aquí hemos tenido á la España representada desde el primer día, siquiera sea para desmentir el dicho anterior de que siempre llega tarde, y lo que es mejor, bien representada. En cuanto á retratos parece que los hay en nuestra exposición que figuran entre los mejores, y no es poco decir cuando los grandes maestros de todos los países han expuesto retratos. No citamos nombres, porque esto nos haría entrar en un exámen que en su día y en su lugar correspondiente daremos á luz en este periódico con el detenimiento propio del asunto.

Nuestros lectores pensarán quizá que con estas dos exposiciones de industria y bellas-arte habrá lo suficiente por este año; nada de eso, por el pronto tenemos otras más, abierta en frente del palacio de la Industria en los Campos-Eliseos. Titúlase esta la Exposición de horticultura, y por cierto habremos de decir que relativamente no es la menos interesante. El jardín improvisado donde se verifica esta exposición con sus plantas variadas hasta lo infinito, recuerda los hermosos parterres, los sorprendentes invernáculos que hay en Inglaterra. Además de las rosas, claveles, alélie, peonías y pensamientos de colosales proporciones, podemos admirar en los invernáculos plantas de todas las latitudes. En uno de ellos se encuentra una roca pintoresca de donde salta el agua en cascada, roca plantada de espadañas, cañaverales y plantas acuáticas de mil clases distintas; en otro hay un hermoso aquarium, donde se ve la *Victoria Regina*, planta excesivamente frondosa procedente del Amazonas cuyas hojas llegan á tener hasta cuatro y cinco piés de diámetro. En este aquarium ó llámese estanque, cuyas aguas deben mantenerse á una temperatura de 25 á 30 grados, se hallan colocadas todas las plantas de la familia de las simfóreas, una curiosa variedad de caña de azúcar del Brasil, el *eurycate ferox* y el *papyrus* de los antiguos, el árbol que suministraba á Cicerón el papel de sus célebres cartas. Mas allá, y abrigados también, se encuentran los geranios y todas las flores que temen los rigores de la temperatura parisiense, bien cruda por cierto en este mes de mayo.

Después de los cuatro invernáculos se admiran los curiosos modelos de podas de árboles frutales que guarnecen los apartados; los jardineros han querido mostrar al público que sabían domesticar el árbol frutal en esta tierra ingrata, lo que sin duda tendrá su utilidad permitiendo aprovechar en lo sucesivo lugares donde nada se habría podido plantar por temor de carecer de espacio. Esta exposición de flores es un bonito lugar de descanso para el que sale de visitar el palacio de la Industria.

Si las diversiones propias del verano se hallan retardadas aun por causa del mal tiempo, en cambio los teatros se aprovechan del mal estado de la temperatura, y el público parisiense y extranjero acude á ellos como á un puerto de salvación en estas noches de lluvia y de frío. Nada notable se representa sin embargo; los empresarios han creído, sin duda con razón, que todo lo que dan es nuevo para los forasteros, y lejos de meterse en grandes gastos para ofrecer grandes novedades, apelan á las obras olvidadas ya del antiguo repertorio, cuando quieren cambiar el espectáculo. De este modo, el famoso *Monte-Cristo*, drama en tantos actos como días tiene el año (por fortuna incompleto aun) está hoy en su segunda jornada, ó sea *la Vuelta del Faraón*; en todo este verano se representarán sus cuatro primeras partes.

El Teatro Italiano no ha querido este año descansar los seis meses de estío, como acostumbra de tiempo inmemorial, y anuncia para dentro de pocos días su apertura de temporada extraordinaria. Sin embargo, esta vez la música ha cedido el puesto á la poesía, y veremos representar las obras clásicas del repertorio italiano por la compañía de S. M. el rey de Cerdeña. La primera función que se anuncia es la *Francesca da Rimini* de Silvio Pellico donde se estrenará la célebre trágica italiana Adelaida Ristori.

Hé aquí dos párrafos fielmente copiados del programa que hemos recibido de la empresa:

«A esta compañía pertenece la célebre artista Adelaida Ristori, que desempeña con igual talento la comedia y la tragedia, uniendo así las raras y preciosas cualidades de ambos géneros, la risa y las lágrimas. La acompañan los artistas dramáticos más eminentes de la Italia, como son los señores Ernesto Rossi, Gaetano Gattinelli, Luigi Bellotti-Bon, Pasquale Tessero, Pietro Boccomini, etc.

»Las representaciones se compondrán de las obras maestras del teatro italiano, y principalmente de las piezas clásicas cuyo triunfo ha sido sancionado ya por el juicio de los críticos más eminentes y por los aplausos de una na-

ción ilustrada que sabe juzgar con acierto las obras de la inteligencia. De este modo el público francés oirá por la primera vez las grandes obras que conoce apenas por fragmentos, como *Mirra*, de Alfieri; *Francesca da Rimini*, de Silvio Pellico; *Pia de' Tolomei*, de Marengo; *la Locandiera*, de Goldoni; *un Curioso accidente*, por el mismo; *Luiza Strozzi*, de J. Battaglia. A estas producciones clásicas se unirán las obras de la literatura contemporánea escritas en ese dulce y poético lenguaje tan fácil de comprender; los que no lo saben le aprenderán oyendo á la elocuente y hermosa Ristori, y los que le saben tendrán mucho gusto en recordarlo.»

Parece que efectivamente la Adelaida Ristori es una actriz de gran talento, sobre todo en el género trágico, que reúne además como mujer cualidades físicas admirables.

Entre las piezas que enumera el programa, se omite una titulada *la Parisina* que, según nuestras noticias, debe también representarse.

La Parisina, cuyo argumento se conoce ya por el hermoso poema de lord Byron y la ópera de Donizetti, es obra de un joven poeta de talento que desea obtener ante todo la sanción del público parisiense, este juez sin apelación en materia de artes. El autor apenas se ha separado de la historia en pormenores insignificantes. Hé aquí como cuenta el hecho Frizzi en su historia de Ferrara:

Nicolo III, marqués de Este, reinaba en 1405 en el ducado de Ferrara, y había tenido de su primera mujer Stella dell'Assassino un hijo llamado Ugo, que era un joven tan noble como hermoso. Su segunda mujer Parisina Malatesta trataba al hijo político de muy mala manera, con gran sentimiento del padre que le amaba hasta la idolatría.

Un día la Parisina quería emprender un viaje; el marqués no se oponía á ello, pero exigía que la acompañara en él su hijo Ugo á fin de lograr por este medio que desapareciera la profunda aversión que le tenía. Este deseo se cumplió y pasó los límites, pues ella durante aquel viaje no solo perdió el odio hacia su hijo político, sino que se enamoró de él con un amor violento. De este modo el marqués no tuvo ya á su vuelta que reconvenirla por la poca afabilidad con que trataba á su hijo.

Había transcurrido algún tiempo cuando uno de los lacayos del marqués llamado Giorgio, al pasar por delante del cuarto de la marquesa vió salir de él á una de sus doncellas anegada en llanto. Preguntóla la causa de sus lágrimas, y ella le respondió que su señora la había dado de golpes por una falta insignificante, y en medio de su furor añadió que podía vengarse cuando quisiera descubriendo las relaciones ilícitas que existían entre la Parisina y Ugo.

El lacayo lo primero que hizo fué dar parte al marqués de lo que pasaba. El marqués no podía creer tamaño crimen, pero un día que se ocultó á espiar á su mujer se convenció de que era cierto. Al instante mismo mandó prender á ambos culpables, con su confidente Aldobrandino Rangoni, de Módena, y dos doncellas, como cómplices.

La causa se instruyó muy de prisa, y no obstante las súplicas y las lágrimas del amigo íntimo del marqués Ugocion Contrario y de su ministro Alberto dal Sale que se arrastraban de rodillas para implorar la gracia de su mujer y de su hijo, fueron condenados á muerte, y su ejecución se verificó en la misma noche. Ugo fué el primero que inmolaron á la venganza del padre ofendido. La desgraciada Parisina marchaba al lugar del suplicio sostenida por el traidor Giorgio, y creyendo que la iban á arrojar á un pozo, preguntó si se acercaba al término fatal; el traidor la respondió que moriría decapitada. Como al informarse de la suerte de Ugo la dijeron que acababa de sufrir el suplicio que á ella le estaba reservado, exclamó gozosa:

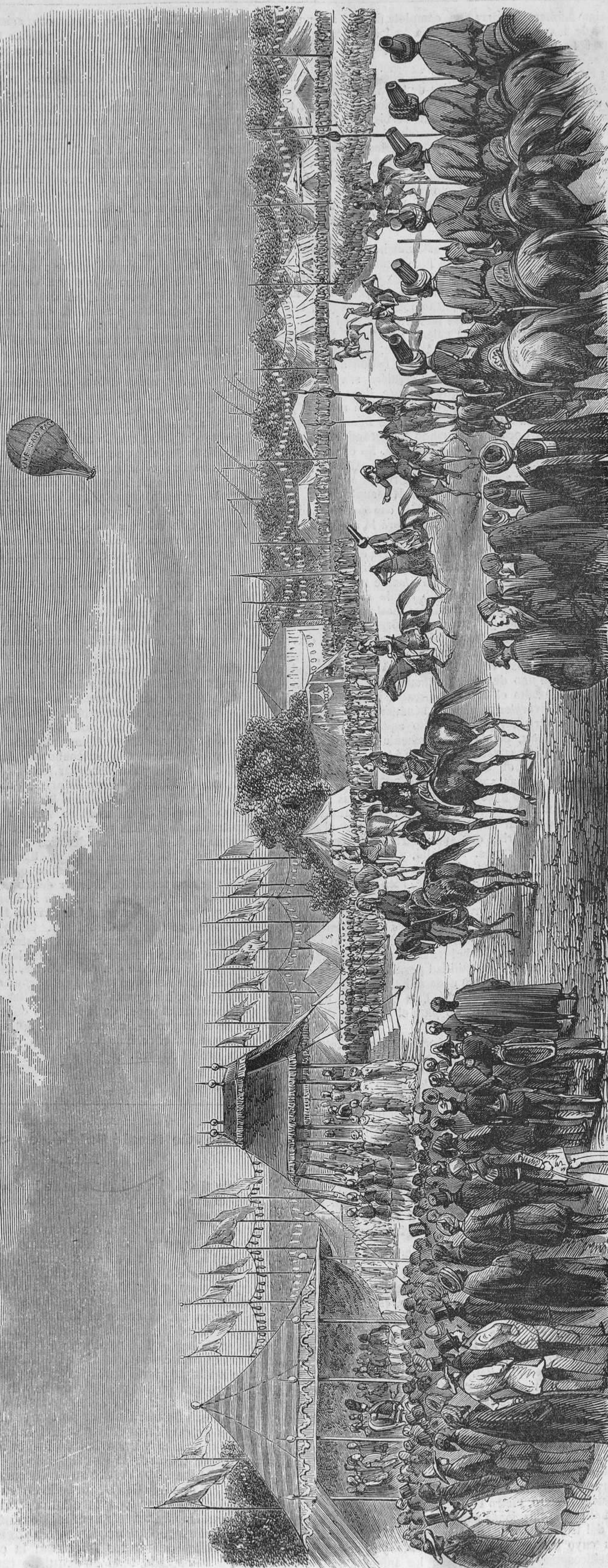
— ¡Podré morir con él! ¡Gracias, Dios mío!

Es incontestable que tratado este argumento por un hombre de genio, bien penetrado de las altas bellezas poéticas que encierra, el papel de la Parisina debe elevarse al apogeo de lo trágico.—De todos modos, ántes de que se ponga en escena esta obra, habremos podido ya juzgar del talento de la Rachel italiana.

MARIANO URRABIETA.

Fiesta de Kaalé-Saidié, en el atajo del Nilo.

Esta fiesta, ó más bien estas fiestas, porque principiaron el 12 de mayo último, y se terminaron el 15, — han sido dadas por Said-baja, virey de Egipto, con motivo del trigésimo tercer aniversario de su nacimiento; diversas circunstancias han venido á aumentar más su brillo, y contribuirán á sellar profundamente su recuerdo en la memoria de aquellas poblaciones. El virey ha pasado revista á las tropas de su guardia nuevamente creada, distribuyéndola sus banderas; todo el mundo ha admirado el lujo y marcialidad de estos regimientos destinados tal vez á combatir al lado de los soldados de la Francia y de la Inglaterra, y nadie duda que en caso necesario añadirán una página más á la brillante gloria que acaban de conquistar las tropas egipcias en los campos de batalla del Oriente. No es nuestro ánimo describir todas las fases de estas grandiosas fiestas: á no ser porque se han visto algunos de los maravillosos esfuerzos del humano saber, tales como un globo y un árbol de fuegos artificiales; á no ser sobre todo por la severidad de la ley musulmana que prohíbe al bello sexo su presencia en toda reunión pública, el viejo Osiris, turbado en su eterno reposo, habría creído ver todavía alguna reminiscencia de las fiestas dadas á Cleopatra por los dominadores del mundo. El elemento gastronómico era digno por lo menos de la delicadeza de los Tolomeos; la ciencia culinaria había desplegado todo su exquisito esmero sobre una



Fiesta dada por el virey de Egipto al duque de Brabante sobre el lugar del atajo del Nilo.

mesa en permanencia de quinientos cubiertos, y los vinos mas delicados de nuestra Europa y sus mas sabrosos frutos se hallaban mezclados con los productos mas deliciosos de la Pomona egipcia.

Nuestro grabado no representa mas que la fiesta militar, en la que S. A. hizo los honores de la manera mas cortés á su régio huésped el duque de Brabante. Vestido con el uniforme de coronel de los granaderos belgas, el príncipe ocupaba con su acompañamiento una tienda levantada á la derecha del pabellon donde estaba el virey rodeado de los príncipes de su familia. Del cuello de S. A. pendia el gran cordon de la Legion de honor, y allí mismo recibió de manos del duque de Brabante las insignias de la órden del Leon belga. Dirigia las evoluciones militares Soliman-bajá, mayor general de los ejércitos egipcios, mas conocido bajo el nombre de coronel Selves, á pesar de su edad avanzada, el militar francés ha dado pruebas en esta ocasion del vigor y de la actividad de sus primeros años.

Un solo incidente desagradable vino á turbar la calma y serenidad de estos hermosos dias, aunque sirvió no obstante para poner de manifiesto la debilidad del virey con respecto á todo lo que de cerca ó de léjos atañe á la Francia. En el momento de dar principio á la ceremonia se echó de ver que no se habia reservado ningun puesto para los cónsules europeos, y habiéndolo sabido S. A. separó inmediatamente de su empleo al torpe director de aquellos regocijos. La pena era muy justa; mas hallóse luego que el culpable era un francés, M. Lubbert, un antiguo empleado en el ministerio de Negocios extranjeros de Egipto, y los mismos cónsules intercedieron en favor suyo con el virey, que tuvo á bien revocar la destitucion. Lo mas gracioso es que M. Lubbert habia sido elegido para este encargo, en calidad de antiguo director de la Opera de Paris.

Hay por último una circunstancia que da á estas fiestas una significacion muy elevada, que será un motivo de alegría para los amantes del progreso en general y sobre todo para los amantes del Egipto. Esta circunstancia es el lugar escogido para su celebracion, y la colocacion por el virey de la primera piedra de un fuerte y de una ciudad que llevará su nombre *Saidie*. Este sitio, en donde el Nilo se divide formando la punta del famoso Delta, ha visto el principio de ese proyecto gigantesco que entregó á Mehemet-Alí la comision del Egipto, y que consiste en atajar el Nilo y regularizar por medio de un buen sistema de canalizacion las inundaciones de este rio que tienen lugar todos los años. Apenas Napoleon puso el pié en la tierra de los Faraones, cuando su ojo de águila midió ya toda la grandeza de esta operacion, y en su insaciable sed de conquistas habia meditado la de ochocientas leguas cuadradas de desierto; para convencerse de ello basta solamente leer las notas del emperador citadas en la obra del duque de Ragusa. Mehemet-Alí no vivió lo bastante para ver el fin de los inmensos trabajos que hizo emprender con este objeto; bajo el vireinato de Abbas-bajá fueron enteramente suspendidas las obras, y si no estamos mal informados, quedaron tambien destruidas en mucha parte.

Said-bajá, que con tanto afan quiere hacer revivir las tradiciones de su ilustre padre, tendrá la suerte de llevar á buen término empresa tan gloriosa, y las fiestas de que hablamos son una prenda cierta de su firme resolucion sobre este punto. Si nuestras noticias no nos permiten afirmar que se haya principiado de nuevo la ejecucion de estos grandes trabajos, á lo ménos se puede asegurar desde luego que un príncipe que desea señalar su reinado con la travesía del istmo de Suez, no retrocederá ante ningun sacrificio por añadir este otro florón á su corona.

P. M.

Ensanche de la ciudad de Santander.

La bahía de Santander que por la profundidad de sus aguas, es accesible á los buques mayores, está rodeada de colinas que la protegen contra los vientos de alta mar, y hacen muy seguro su fondeadero.

Los varios picos y la primer meseta de la parte de los Pirineos que se extienden paralelamente hácia el Océano, ofrecen por todos lados admirables puntos de vista. El efecto producido por la ciudad, cuando se sube ó se desciende la ria, es de los mas pintorescos: un muelle magnífico de 610 metros de longitud, cubierto de casas de cuatro ó cinco pisos, de seis ó nueve ventanas de fachada, adornadas de balcones y miradores, le da el aspecto de una gran ciudad á cuyo pié brota la riqueza en abundancia.

La vigorosa vegetacion de la montaña que la domina y circunda, las frescas alamedas del camino trazado sobre la cima de esta montaña, las granjas y aldeas de que está sembrada, y los bueyes que en el muelle arrastran los fardos, ó se hallan tendidos delante de los almacenes, contrastan admirablemente con las opulentas construcciones que sorprenden al viajero á primera vista.

Los buques anclados delante de la catedral, y los que, segun la elevacion de las mareas, están amarrados á lo largo del muelle, completan este hermoso cuadro y sugieren al pobre la idea de ir á América á probar fortuna.

Se calcula en 450 el número de *pasiegos* que emigran anualmente á las colonias españolas; y como todos los años vuelven algunos que han sabido enriquecerse, y á quienes llaman indianos, hé aquí porque de algun

tiempo á esta parte se cuentan en Santander tantas y tan grandes fortunas.

Hace un siglo que las colinas estaban cubiertas de bosques, cuya destruccion principi6 el conde de la Isla, bajo el reinado de Carlos III, y fué acabada por la fundicion de cañones de la Cabada que comunica con la bahía por la ria Tijero.

Con las maderas gruesas, el conde de la Isla construyó por un tanto convenido con el Estado un crecido número de fragatas y trece ó catorce navios, uno de ellos de 131 cañones; la fundicion que Carlos III compró al marqués de Villa-Castel por la cantidad de 1.500,000 francos, consumió lo restante, y hace algunos años ha sido abandonada por falta de combustible; no obstante que en su origen su dotacion consistia en 283 montes comunales y 220 reservados ó reales, lo que forma un total de 3.777,400 encinas, 352,371 encinas verdes y 7.863,763 hayas, cantidad suficiente para su perpetua alimentacion si los bosques hubiesen sido bien administrados y las cortas se hubiesen hecho con cuidado é inteligencia.

Estas talas no han dado á las colinas el aspecto árido y triste que suelen ser su consecuencia; los prados, los maizales y las dehesas comunales han reemplazado los bosques, y gracias á las lluvias frecuentes, á los veranos templados y á los buenos inviernos tienen todo el año un aspecto de primavera, y lo que sorprende aun mas es que el naranjo crece maravillosamente en los parajes abrigados.

Santander no contaba en 1830 mas que 9 á 10,000 almas; hoy tiene 25,000, y su poblacion aumenta cada dia á consecuencia del desarrollo de su comercio de trigo y harinas. Este comercio nuevo debido al canal de Castilla, de que luego hablaremos, solo data en Santander del año de 1829, época en que por via de ensayo se mandaron á la Habana algunos barriles de harina, debiendo advertir que este ensayo tuvo un resultado mejor del que se podia esperar.

Animados por las comunicaciones abiertas con la Habana se hicieron en las costas de Galicia y Cataluña otras tentativas que tuvieron igualmente un resultado feliz, y desde 1844 Santander exportaba 22.269,980 kilogramos de harina. Estas exportaciones han ido aumentando anualmente de una manera regular, y en 1854 han llegado á la cantidad de 81.771,808 kilogramos.

La exportacion de trigos ha venido á unirse con la de harinas, y la navegacion se ha desarrollado necesariamente con ambas. La necesidad de flete á la vuelta, y la facilidad que ofrecen para las expediciones al interior las carretas que conducen los trigos y harinas, han proporcionado naturalmente una importacion considerable de géneros coloniales y de objetos manufacturados, importacion que yendo en aumento de año en año, ha hecho de Santander el segundo puerto de España bajo el punto de vista de las aduanas.

La aduana de Santander que nada ó casi nada producía en 1829, ha producido en 1845 cerca de tres millones de francos, cerca de cuatro en 1847, y mas de seis en 1854.

Para reanimar el estado deplorable de la agricultura en Castilla la Vieja, Felipe II proyectó la construccion de un canal que la atravesase en toda su longitud, que tuviese diferentes ramales, y que fuese á desembocar á Santander, el puerto del Océano mas inmediato á Madrid. Este proyecto, abandonado mas tarde, vuelto á comenzar bajo Fernando VI, abandonado de nuevo á la muerte de este príncipe, y nuevamente seguido con posterioridad, solo se puso en fin por obra en el siglo actual.

La seccion conocida bajo el nombre de Canal de Castilla, de 144 kilómetros de largo, que conduce de Valladolid á Alar del Rey, se terminó en 1828; la seccion llamada de Los Campos, de 105 kilómetros, que conduce de Medina y Rioseco á Palencia, donde se junta al canal de Castilla, se terminó diez ó doce años despues. En cuanto á la que debia desembocar en Santander, como no se principi6 ha sido reemplazada por un ferro-carril de Santander á Alar del Rey, que está en construccion.

Las previsiones de los antiguos reyes de España sobre la poderosa influencia de este canal, se habian realizado en parte desde 1847, es decir, en veinte años poco mas ó menos; desde esta época en las esclusas del canal, en las corrientes de aguas de sus cercanias y en la provincia de Santander se habian construido sesenta y un molinos donde andaban trescientas once piedras. Despues se han establecido otros muchos, y nadie duda que esta industria tomará nuevo vuelo tan luego como se termine el ferro-carril de Santander á Alar del Rey.

Santander se halla situado al Sur, y se divide en ciudad alta y ciudad baja.

En la alta, en donde habitan las clases mas pobres, es decir, los jornaleros, se hallan al pié de una columna ó sobre su meseta, el fuerte de San Felipe, la catedral, el hospital y la fábrica de cigarros. La reducida meseta de esta colina la ocupa una calle que principia en la catedral, se dirige hácia el Oeste, y domina por un lado la bahía, y por el otro el paseo ó la ciudad baja, á la que se llega por calles muy pendientes ó por escalerillas.

Construida en su mayor parte sobre terrenos que pertenecian al mar, la ciudad baja, á excepcion del muelle, está rodeada de montañas de un gran declive. Su poblacion puede dividirse en antigua y moderna.

La moderna habita en las soberbias casas del muelle ó detrás del muelle, y en las construidas á lo largo del camino.

A, entrada de la bahía; B, fondeadero; C, ria de Cuba; D, canales profundos cuyos diques en construccion se convertirán en dársenas; E, arenas cubiertas de agua en la marea alta; F, terrenos cubiertos y descubiertos alternativamente por la marea, que quitarán al mar los diques en construccion; G, diques y muelles en construccion; H, ferro-carril de Santander á Alar del Rey; I, faro; J, vigía; K, ciudad de Santander; L, paseo alto que domina la ciudad; M, la Alameda.

VISTA GENERAL DE SANTANDER.



La antigua, compuesta en general de marineros, pescadores y artesanos, habita en las pocas calles estrechas y privadas de aire que están al pie de la ciudad alta: a la salida de estas calles principia la rambla donde está trazado el único camino por donde se entra y se sale en Santander.

Estrechado de este modo por las colinas y por el mar, Santander no podrá hoy ensancharse sino en anfiteatro, por medio de calles intransitables para los carros, y el vasto é inmenso porvenir que le prepara el canal de Castilla y su ferrocarril, hubiera encontrado un obstáculo en la configuración del terreno, si el gobierno no lo hubiera allanado anticipadamente. Para facilitar el desarrollo comercial de la ciudad, el gobierno ha concedido á una compañía francesa, cediéndola en pago de sus trabajos los terrenos adquiridos sobre la bahía, la construcción de un nuevo muelle de 2,150 metros de longitud, y de 12 kilómetros de dique, adquiriendo juntamente sobre el resalvo del mar una llanura de 2,500 fanegas de tierra.

La parte contigua á la ciudad está destinada al embarcadero del camino de hierro y al ensanche de la villa comercial, y la mas retirada á los talleres navales, fábricas y demás establecimientos industriales que hace tiempo reclaman las necesidades del comercio, y que la falta de terreno ha impedido construir hasta ahora.

Sobre este sitio se establecerán tambien los depósitos de ulla de Orbo y Santullan cuando lo permita la explotación del ferrocarril, y todo induce á creer que por su exportación se formará una ciudad donde todo debe tener un aspecto negro, contrastando singularmente con la actual donde todo refleja el nevado tinte de las harinas.

Las minas de ulla de Orbo y Santullan, cuyo descubrimiento solo data de diez ó doce años á esta parte, distan 12 kilómetros del camino de hierro, y no tienen que recorrer sino 100 kilómetros de este camino para llegar á Santander. Su excelente calidad las hace útiles para todo cuanto se las emplea, particularmente para el coque y para el gas; como su extracción se opera de abajo arriba por galerías á cielo descubierto, cuesta poco; así como su apuntalamiento, á causa de la abundancia de maderas que existe en las cercanías.

La situación de las minas se extiende desde Sabero á Santullan sobre una longitud de 87 kilómetros, teniendo por término medio 6 kilómetros de ancho; en diversos puntos se han encontrado hasta veinte capas de 1 á 2 metros de grueso, y se han abierto ya sesenta y cinco minas.

Tres de las principales compañías concesionarias, que por falta de medios económicos de transporte no extraen mas que de 45 á 50,000 toneladas por año que apenas bastan para el consumo de las localidades inmediatas al canal de Castilla, están disponiendo lo necesario para una explotación en grande, con objeto de exportar sus productos á todo el litoral del golfo de Gascuña tan luego como se termine el ferrocarril de Santander.

Antes de Fernando VI, Santander no era mas que una villa habitada por pescadores, por algunas familias nobles cuyos hijos menores servían en el ejército, y por religiosos de ambos sexos, pertenecientes á diversas órdenes, cuyos conventos ocupaban una buena parte del recinto. Hallábase este defendido por una fuerte muralla, de la que no existen ni aun señales, atribuida por unos á los romanos, por otros á los godos, y que algunos creen fué hecha ó reedificada en 1200 por Alfonso de Castilla, cuando ordenó la reconstrucción de Santander.

Fernando VI, que en trece años reparó gran parte de los desastres ocasionados por la guerra de sucesión, y volvió á poner en planta los proyectos de canalización de Felipe II, concedió á Santander el título de ciudad á causa de estos mismos proyectos. En 1753 hizo edificar en el lado Oeste de las murallas por cuenta suya y de su mujer María Bárbara, dos magníficas puertas, á las cuales dió su nombre y el de su esposa; al mismo tiempo ordenó la construcción, por cuenta del tesoro de un camino de 97 kilómetros desde las referidas puertas hasta Campo, y que hoy es la cabecera del mismo camino real de Santander á Valladolid. Por último, por una bula del papa Benito XIV, fecha 12 de noviembre de 1754, erigió un obispado cuya diócesis fué tomada de la de Burgos.

Cuando tuvo lugar la erección del obispado, se escogió para catedral la iglesia de la abadía Emeterio y Celedonio, mártires, cuyas cabezas encerradas en urnas de plata permanecen siempre expuestas en el altar mayor á la vista de los fieles. Su primer abad, de origen romano, fué elegido en 1130; tuvo veinte y nueve sucesores, de los cuales el último, Javier de Arriazo fué nombrado obispo de Santander en 1755.

La construcción de esta iglesia revela en muchas partes una antigüedad muy remota, y las paredes del claustro denotan por su estilo mayor antigüedad todavía; la arquitectura es gótica, aunque mezclada con obras modernas, como son el coro, el altar mayor, las dos puertas del Sur y del Norte y la escalera correspondiente á esta última puerta. Las tres naves principales están sostenidas por pilares formados por pequeñas columnas, y el pavimento es de baldosas de mármol blanco y azul.

Al lado de la puerta del Norte hay una pila de agua bendita con una inscripción árabe, cuyo sentido es, segun dicen: *fuenta de mármol para uso del publico*; esta inscripción ha dado lugar á muchas conjeturas; pero se ignoran las circunstancias que han transformado la fuente en pila de agua bendita.

Debajo del pavimento mismo de la catedral hay otra

iglesia con tres naves, baja y oscura; la forma de sus pilares, nichos, ventanas, mesas de altar, y los restos de algunas pinturas han hecho conjeturar que era mas antigua que la iglesia superior; pero debe suponerse mas bien que es de la misma época, y que fué construida para nivelar el piso, y servir de asiento á la iglesia superior, habiendo como hay allí una pendiente en extremo rápida.

Además de la catedral, hay dos iglesias que merecen llamar la atención, la de la Compañía, que formaba parte del colegio de jesuitas, y la de San Francisco que dependía de un convento construido en 1214 y reedificado en 1689. El convento estaba habitado por mas de sesenta religiosos, y podia contener hasta noventa; hoy está ocupado por las oficinas de correos, las del gobierno político y los cuarteles de infantería. El colegio de jesuitas fué mandado construir por Luis de Quijada, favorito de Carlos V y encargado de la custodia y educación de D. Juan de Austria; se ignora en que época se establecieron los jesuitas; solo se sabe que los habia en Santander en 1616.

Santander posee un colegio, un hospital, una casa de beneficencia y otra para los niños expósitos, dependientes ambas del hospital, una cárcel, dos mercados bien cubiertos y aseados, cuatro lavaderos públicos espaciosos y cubiertos, y un matadero mal situado bajo el punto de vista higiénico.

El colegio ocupa el convento de Santa Clara que contenía veinte y cuatro religiosas dirigidas por tres religiosos de la orden; este convento fué construido en 1280 por la viuda del valiente capitán de marina Gonzalo García de Santander.

El hospital, construido en 1791 por Menendez de Luarca, obispo de Santander, es un hermoso edificio perfectamente situado. Tiene capacidad para 200 enfermos, aunque ordinariamente el número de estos no excede de 80 á 90. En la casa de beneficencia y en la de niños expósitos hay ordinariamente de 220 á 230 individuos de ambos sexos.

La fábrica de cigarros ocupa el convento de Santa Cruz, que contenía veinte y una religiosas asistidas de dos religiosos de la orden, y fué construido en el primer tercio del siglo XVII por María Oquendo-Casarte, viuda de D. Riva Herrera de Santander. Desde 1847, esta fábrica emplea 1,000 cigarreras, que ganan por término medio 4 reales diarios cada una, y fabrican 247,559 libras españolas de cigarros comunes, 39,082 de cigarros mixtos, y 4,561 de cigarros de primera calidad.

Santander tiene varios paseos: el del muelle, los de las dos Alamedas y el camino plantado de árboles, trazado sobre la meseta de la montaña que circunda la ciudad, desde donde se descubre por un lado la bahía y por otro la mar; por último, en la playa del Sardinero á un cuarto de hora de distancia hay un establecimiento de baños bastante concurrido.

Separada hace poco de la de Burgos, la provincia de Santander se compone de los distritos denominados antiguamente el Bastán de Laredo, la abadía de Santillana y la montaña de Santander.

Está rodeada de montañas muy elevadas y sus límites son, al Oeste las Asturias, al Sur las provincias de Palencia y Burgos, al Este la Vizcaya, y al Norte el Océano; tiene 133 kilómetros de largo y 44 y medio de ancho; en 1847 contaba 416,370 habitantes.

En varios puntos se encuentran en abundancia sustancias minerales de hierro, plomo ó galena argentífera, casi á flor de tierra en diferentes terrenos, que se vende en Castilla á los alfareros. Cerca de Potes hay una mina de cobre, é indicios de un filon de cinabrio ó mercurio; en la Hoz de Anero una mina de lignita; en las cercanías de Reinosa fuera casi de la provincia, hay señales de una veta de ulla; en las de Santoña, grandes filones de calamina; en la Peña del Vidrio, indicios de otra veta de cobre, y casi en toda la provincia canteras de diversas especies de tierra calcárea.

Los manantiales de aguas termales y minerales son en extremo abundantes: los de Caldas, en el camino de Valladolid; los de Viesgo en el de Burgos, y los de Ontaneda á 2 leguas antes de llegar á Viesgo, que vienen á tomar hasta de Madrid, tienen establecimientos muy cómodos y bien arreglados.

La provincia de Santander produce inmensos y excelentes pastos, donde se cria mucho ganado, y donde pasan el verano los rebaños de merinos de Extremadura.

Las maderas abundan en muchos distritos, y del recuento mandado hacer por el gobierno en 1831 resultó que habia en la provincia

34.057,878 encinas,
35.913,859 hayas,
548,629 castaños,
362,259 encinas verdes

70.882,625 árboles, de 20 á 40 piés de elevación, y de 50 y mas años de edad.

El distrito de Liébana, donde los bosques están casi vírgenes por falta de caminos para su explotación, entra en estas cantidades, por mas de 32 millones de encinas y de hayas. El alcornoque abunda en este distrito, y es objeto de una explotación continua pero en pequeño.

La provincia de Santander estaba poblada antiguamente por los cántabros, pueblo el mas belicoso de España. El mismo Augusto vino en persona á combatirlos; pero viendo su resistencia, dejó á sus generales el encargo de someterlos; fueron los últimos que inclinaron la cabeza bajo el yugo romano, y muchos de ellos

prefirieron una muerte voluntaria ántes que dejars dominar por sus invasores.

Julio-briga, hoy Reinosa, situada cerca del nacimiento del Ebro, parece haber sido la ciudad mas importante de los cántabros. Segun varios autores, Vellica, hoy Medina de Pomar, fué el teatro de una reñida batalla perdida por los cántabros, que se retiraron despues al monte Vinnio; monte tan elevado, dice Floro, que hubiera podido creerse que le salvarian las olas del Océano mas bien que los ejércitos de Roma.

Los romanos se hicieron dueños de este monte, y del monte Medulo, que servía de ciudadela á la ciudad de Aracilium ó Aracelis. Desde lo alto de este monte se precipitaron los últimos defensores de la independencia cántabrica, ántes que sufrir la esclavitud romana. Entonces fué cuando Augusto pudo cerrar el templo de Jano, y cuando Horacio, el poeta cortesano, en la oda 7 del libro III cantó la sumisión de los cántabros, cuando hubiera debido cantar su muerte y su heroísmo.

L.

Un asesinato en Riga.

(Conclusion.)

Se apeó, ató su hermosa yegua al cercado que rodeaba la cabaña, se dirigió luego con rapidez hácia la estrecha puerta de la casa, la abrió y penetró resueltamente en un cuarto bajo mal alumbrado y amueblado solo con una cómoda, un armario, una mesa ordinaria y algunas sillas de caoba, testigos de una antigua prosperidad. En el fondo habia una cama con colgaduras; Schloss recorrió estas cortinas y vió una mujer enferma enterrada en almohadones de plumas y que parecía profundamente dormida.

— ¿Qué enfermedad teneis, buena anciana? la dijo sacudiéndola fuertemente; ¿hace mucho que estais en cama?

— Hace algunas semanas, caballero.

— ¿Y no os habeis levantado hoy?

— No por cierto.

— ¿No os habeis asomado á la ventana?

— Dios me preserve de ello.

— ¿Estais sola en la casa?

— Enteramente sola, tan verdad como que hay un Dios en el cielo.

— ¡Infame vieja! toma, este es el mejor remedio que te conviene por ahora; despues verémos.

Y al decir esto la aplicó una fuerte bofetada en el rostro que operó un cambio maravilloso en el estado de la enferma. La viuda Risper se incorporó en la cama y exclamó:

— ¿Qué haceis? ¿quién sois, y quién os ha dado el derecho de maltratarme?

— Soy el prístaff Schloss, respondió con una calma glacial, y tú eres una encubridora de ladrones, quizás algo peor aun, y esto es lo que vamos á ver inmediatamente. Un mozo que lleva tu nombre está de criado en una casa de la ciudad, y él te ha escrito estos dias una carta para reclamar su parte en el producto de un robo cometido con ayuda de cómplices. Has sido bastante torpe para envolver en su propia carta los ducados que le enviaste, y yo tengo en la mano esa carta, de modo que no hagas muecas, levántate, ponte el vestido al instante, pues hace apenas cinco minutos que te he visto á esa ventana.

La viuda Rispe obedeció sin decir palabra, pálida y temblando de ira. Sus ojillos pardos y penetrantes se fijaban en un cuchillo largo acabado de afilar que estaba sobre la mesa, mientras se ponía las enaguas. El prístaff lo echó de ver, y con una sangre fria imperturbable arrancó del seno de aquella mujer peligrosa un pañuelo con el cual la ató las manos.

— Ahora pícaro vieja, dijo el prístaff, me vas á confesar en donde está el dinero robado.

— Yo no sé nada de ningun robo, respondió la viuda encogiéndose de hombros desdeñosamente.

— Pero en esa carta que te dirigen, que lleva tu nombre, tu nombre verdadero, dice « mi parte. » ¿La parte en qué, sino en el producto de una infamia hecha con tu ayuda?

— Nada tengo que ver con esta carta, mi hijo puede escribir lo que...

En cuanto la cólera la habia arrancado estas palabras comprendió la torpeza de su contestación. Suponiendo que Simeon la habia vendido, que habia entregado la carta al prístaff, olvidó el eterno sistema de los criminales, que consiste en responder á todo sí ó no las mas veces posibles.

— ¡Tú hijo! exclamó Schloss, aprovechándose del error de la astuta ladrona; ¿Simeon es tu hijo? Esto marcha á las mil maravillas.

Y se puso á registrar la cómoda, el armario, algunas cestas y un cofre, pero sin descubrir ningun objeto digno de interés.

— ¿Con qué tendrémos que hacer excavaciones en tu casa? Pues no me divertiría; pero aquí tenemos la cama; la serpiente se duerme quizás sobre sus testos.

La viuda Rispe cambió de color, pero sin embargo, no demostró su emoción con ningun ademán.

Schloss registró hasta el jergon, y entre la paja encontró un taleguillo de lienzo, de donde sacó una obligación pública de un valor considerable. A la espalda se encontraba escrito el nombre de Mouschkin.

El pristaff Schloss por lo regular tan sereno y tan dueño de sí, estuvo á punto de desmayarse cuando sus ojos encontraron el nombre de Mouschkinn; los papeles se le cayeron de las manos mientras decía á la vieja que se había sentado en una silla:

— ¿Con qué eres tú quien ha asesinado á Mouschkinn, tú, y tu banda? Ivan, Ivan, pobre criatura, y mañana debe ser... Gracias á Dios, todavía no es tarde... Vamos, vén conmigo y me vas á decir la verdad, aun cuando debiera arrancarte la carne del cuerpo á pedazos á tí y á Simeon.

La viuda Rispé haciendo como que obedecía se acercó á la puerta; sus facciones estaban impregnadas de una espantosa ironía.

— ¿Piensas, dijo Schloss, que voy á dejar aquí el taleguillo con los documentos, las pruebas? No lo olvido, no tengas cuidado.

Y al decir estas palabras corrió hácia la cama, cuyas colgaduras se habían corrido; el taleguillo ya no estaba.

— ¡Ah, ah! ¡magia tenemos? He visto bastantes jugadores de manos en mi vida para ignorar lo que es un doble fondo. Sal pronto, sal pronto, primito Esteban, porque de tí se trata en la carta de Simeon.

Y sacó con mucho trabajo la cama de junto la pared, y la desbarató de una patada. Un hombre miserablemente vestido, con la traza de un idiota, se hallaba oculto en el fondo de aquella especie de alcoba, y se sonreía mirando los papeles que ostentaba sobre sus rodillas.

El pristaff le agarró por el cuello y le sacudió violentamente. Aquel sér apenas parecía una criatura humana, y cuando el comisario de policía le preguntó porqué se había ocultado, la viuda Rispé respondió:

— No os tomeis el trabajo de hablarle porque no puede responder; es sordo-mudo y tonto.

Mientras el pristaff sacudía al sordo-mudo, la viuda Rispé se ocupaba en ocultar los papeles de valor bajo las tablas de la cama, sirviéndose para ello de sus piés con la mayor destreza. Despues de haber sacado de su bolsillo sus dos pistolas, Schloss fué á recoger el taleguillo que tuvo que buscar de nuevo, mas el dichoso tonto al encontrarse libre de aquella vigilancia se deslizó fuera de la casa, y cuando el pristaff corrió detrás de él ya había montado en el caballo blanco que estaba á la puerta y le azuzaba pinchándole en la grupa con un cuchillo á guisa de espuelas. El pristaff pronto como el relámpago, tiró dos pistoletazos al fugitivo que cayó herido gravemente en el hombro; el caballo al verse libre volvió junto á su amo.

Entonces acudieron algunos marinos que estaban trabajando á poca distancia. Schloss mandó á uno de ellos que marchara al fuerte á buscar soldados y un cirujano militar para prodigar los primeros socorros al herido que quería llevarse vivo á la ciudad.

El instrumento del cirujano hizo descubrir en breve que el sordo-mudo sabía hablar; su herida era muy grave, pero había posibilidad si no de curarle, al menos de retardar su muerte.

El pristaff había olvidado á la viuda Rispé por correr detrás del otro. En vano la buscó luego, y algunos soldados enviados en su persecucion tampoco la encontraron. Pero un niño que volvía de las orillas del mar donde había ido á coger conchas, dijo que había visto á una mujer con las manos atadas arrojarse al agua y ahogarse.

El comisario de policía se volvió á Riga con el herido, á quien había mandado colocar en una carreta.

El gobernador general informado de lo que pasaba por Schloss, mandó suspender la ejecucion de Ivan.

Esteban, el supuesto idiota, hizo cuanto pudo para impedir su curacion, y tuvieron que ponerle muchos centinelas de vista para que no atentara á sus dias.

— No me entregarán vivo al verdugo, exclamaba muchas veces al día.

Sin embargo, al cabo de poco tiempo manifestó arrepentimiento y pidió la ayuda de un pastor protestante, pues pertenecía á la confesion evangélica. Luego declaró que confesaria si le decian lo que había sido de la viuda Rispé, y al saber su trágico fin, sin razones ya para callarse, confesó que había asesinado á Mouschkinn siguiendo las indicaciones y los consejos de Simeon, y que había dividido el producto de su crimen con este y con Juana Rispé.

Esta confesion de un moribundo determinó á Simeon que había negado toda participacion en aquel crimen á confesar tambien la parte que en él había tenido.

La primera declaracion de Ivan quedó reconocida, pues, como sincera y verdadera en todos sus pormenores.

El pobre niño se sorprendía en su prision de la tardanza en la ejecucion de su sentencia. Preguntó al carcelero, y este le contestó que se habían preso nuevos cómplices, y que el sumario se iba á principiar de nuevo.

Una mañana el preso oyó un ruido extraordinario de pasos en el corredor.

— ¡Vienen á buscarme! exclamó; ¡madre mia, mi pobre madre!... Dios se compadezca de ella.

En sí no pensaba.

Luego se tendió en su paja y cerró los ojos para no ver entrar al verdugo.

— ¿Estás durmiendo, Ivan? le preguntó una voz de hombre.

Ivan abrió los ojos y se quedó atónito al ver delante al gobernador-general, al jefe de la policía, al pristaff Schloss y al juez que le había leído la sentencia.

— Tus padecimientos se acabaron, Ivan; la mano de

Dios ha alejado de tí injustas sospechas, y ha entregado á la justicia á los verdaderos culpables; se ha reconocido tu inocencia, y yo mismo he querido anunciarte que vas á salir de esta prision y á quedar libre.

— Y ahora, dijo el gobernador-general, vén aquí, madre afligida, te devuelvo tu hijo. Tu confianza en la justicia de Dios no te ha engañado. Si vuelves á pasar por Revel dirás á mi madre que cuando te he devuelto tu hijo corrian lágrimas por esta barba blanca.

El viejo cochero Isaac que había sido advertido de la salida de su hijo, como se complacia en llamarle, le esperaba en la esquina de la calle para conducirlo á casa del decano del comercio.

Todos los amigos de la casa se hallaban reunidos en el salon. El niño-mártir y la madre afectuosa fueron acogidos como valientes guerreros de vuelta de una larga campaña. Todo el mundo se apresuraba á prodigarles muestras de estimacion y echaron un guante á su beneficio.

— Este dinero es para tu madre, dijo M. Singwald, que rescata su libertad y terminará sus dias en su país ó cerca de nosotros, como quiera, pero no sufrirá mas privaciones mientras exista un miembro de nuestra familia. Tú, hijo mio, permanecerás en mi casa. Acabo de escribir á tu señor en Narwa, y te rescatare á toda costa de la servidumbre. Debes encontrar la felicidad bajo este techo, donde hallaste la desgracia. Nuestro viejo Isaac quiere que vivas á su lado; él te enseñará á ser buen cochero para que puedas reemplazarle el día que necesite ya descanso.

— Pero, dijo madama Singwald interrumpiendo á su marido, Ivan necesita una peluca; con su cabeza afeitada tiene un aire que asusta.

— No, mi querida amiga, repuso M. Singwald; su cabeza afeitada le desfigura ahora, pero es una condecoracion que debe mostrar por todas partes como una advertencia para la justicia de su país. ¡Dios bendiga esa cabeza calva de diez y seis años!

Simeon Rispé se ocupa en la caza de zibelinas en la Siberia, mas allá de Irkontek. Si Lezniska viese por casualidad á su antiguo amigo, retrocederia espantada, pues sus mejillas y su frente llevan la marca profunda de las letras W. O. R que fueron impresas por el hierro encendido del verdugo despues de la ejecucion del knout y que significan *ladron y asesino*.

Ivan se ha vuelto un cochero perfecto; todo el mundo le quiere, y en particular la cocinera que pone el mayor afán en prodigarle buenos alimentos. Tenemos que confesar que Ivan acepta estos cuidados y los agradece, pues le gustan las buenas comidas, únicamente los arenques salados le inspiran una repugnancia invencible.

FIN.

Las fiestas de Juana de Arco en Orleans

CELEBRADAS EN LOS DIAS 6, 7, 8 Y 9 DE MAYO.

La ciudad de Orleans ha rebotado de júbilo y de entusiasmo durante los cuatro dias de esas fiestas magníficas. No era aquello, como sucede muy á menudo en esas inauguraciones todas, un simple regocijo local, sino era verdaderamente una fiesta nacional, una fiesta francesa donde se despertaban todos los recuerdos heroicos de la antigua patria. Orleans se colocaba otra vez en el puesto de la Francia, la representaba el día de la ovacion, como hace 426 años la había representado en el día del peligro y de la defensa; y se puede decir que se ha mostrado digna del segundo papel como antes se mostró digna del primero. Ambos, á mas de cuatro siglos de distancia se encuentran unidos por un lazo de victoria, y en el porvenir se confundirán como los dos resplandores de una gloria en un recuerdo único. Pero antes de hablar de las fiestas, hablemos un poco de la historia.

Si hasta hoy en el hecho heroico de la libertad que debió Orleans á Juana de Arco, se ha apreciado dignamente la parte que tomó la heroína, quizás no se ha hecho igual justicia á la ciudad que sin embargo, tambien la merecia Orleans fué en efecto salvada heroicamente; pero ¿acaso no se había preparado á ello por mil esfuerzos, precursores del milagro? Entre todas las ciudades del reino Orleans era la mas fiel, la mas adicta, la mas valerosa; los reyes de Francia no tenían otra guarda mejor de su persona; valia mas que Paris, tan poco recomendable por los motines de Maillotín y de Caboché; era la ciudad real, el infantazgo de los hijos de Francia, y por eso se había multiplicado el simbolo de esa preferencia de los reyes sobre su escudo encarnado, cruzado con la banda de azul con flores de lis de oro. El *corazon de lis*, esa señal heráldica cuyo sentido ha hecho olvidar la ignorancia de los siglos, se reproducia lo mismo que hoy en una triple imagen, al mismo tiempo que servia de nombre al heraldo que llevaba en su vestido las armas de la ciudad. Orleans se enorgullecia altamente con su blason que la hacia como el corazon del reino y le hacia valer dignamente. En ninguna parte se hallaba gente que manejara mejor el estoque y la ballesta. Cuando se buscaban para los ejércitos de aquel tiempo algunos buenos arqueros, dignos de hacer frente á los de los ingleses, ó á los valerosos flamencos, se sacaban de Orleans en su mayor parte.

Al punto que el rey la dirigia su llamamiento de guerra, se alzaban en masa los vecinos de Orleans, y dejando casa y familia se iban mas allá de Paris á pelear contra los borgoñones ó los flamencos. Felipe el Hermoso les dió parte en todas sus empresas, y en mas de una ocasion á ellos debió sus victorias.

Si la guerra en país extranjero les hallaba tan dispuestos al combate, fácil es adivinar lo que debían ser amenazados en su ciudad, atacados en sus propios hogares como lo fueron en 1428. Paris estaba en poder de los ingleses dejando abiertos todos los caminos hasta el Loira; el duque Carlos de Orleans, hecho prisionero en Azincourt, se encontraba cautivo hacia trece años en la torre de Lóndres y solo quedaba la antigua ciudad desposeída de su señor, y teniendo que conservarse á salvo de su enemigo, para su duque como último infantazgo del desterrado, para su rey como frontera, y para sí misma como la ciudad francesa de *corazones de lis*. En efecto, lo consiguió con la mas varonil energía.

Sólidamente construida sobre sus antiguas torres romanas, aquellas que soportaron en otro tiempo el asalto de Atila, esperó el ataque de los ingleses, habiéndose preparado á él mediante los mayores esfuerzos, y estando tambien decidida á los mas grandes sacrificios.

Desde 1425, siempre esperando un sitio, se disponia á la defensa. En ese año había convertido en un arsenal la torre S. Samson; todos sus habitantes, sin excepcion, trabajaban en profundizar los fosos y elevar los baluartes; pero tres años despues, conociendo la proximidad del ataque, se hicieron preparativos con mas ardor todavía. El gobernador Raul de Gaucourt contó los hombres que podían llevar las armas, y resultó un total de 5,000 ciudadanos dispuestos á combatir, y aun no se comprendia en este número á los estudiantes de la universidad que, sin embargo, debían probar en breve que eran dignos de ser incluidos en las fuerzas militantes.

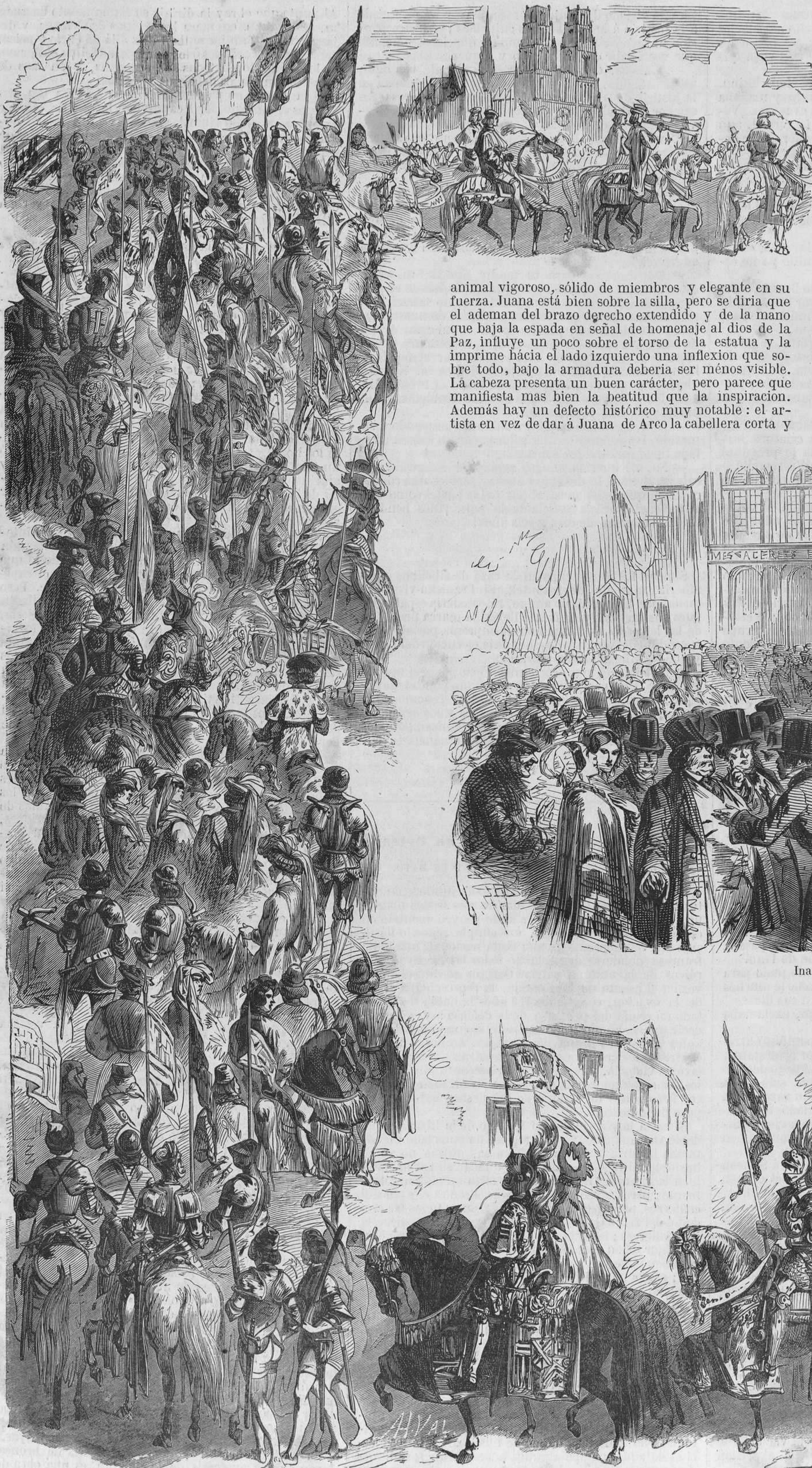
En la ciudad todo era una lucha de ardor y desinterés. Los vecinos se impusieron voluntariamente una contribucion de guerra; muchos dieron mas de lo que les tocaba; otros prestaron crecidas sumas, y el capitulo de Santa Cruz entregó 2,000 escudos de oro. Pero aun no es todo; á fin de que los ingleses no hallasen ninguna habitacion para acantonarse, ninguna iglesia, ningun convento que pudieran transformar en fortalezas, los de Orleans destruyeron sus arrabales, los mejores del reino, donde había muchas iglesias y bonitas casas de recreo. Mediante sus franquicias se hallaban exentos de recibir guarnicion; sin embargo pidieron una y festejaron igualmente á los aragoneses de D. Matias que á los escoceses de Stuardo, á los condottieri del señor Valperga y á los lorenos del joven duque de Bar, etc.

Si á estos pormenores añadimos que la defensa de la ciudad se sostuvo con tanto valor como habilidad se había desplegado en defenderla, que seis meses antes de la llegada de la heroína, Orleans supo arrostrar los peligros del sitio, y por último, si nos acordamos de todas las vicisitudes traiciones interiores, desertiones, esperanzas engañadas y terrores que sin fatigar su constancia fueron como una larga espera de la llegada de Juana de Arco, convendremos en que la ciudad hizo algo por sí, y que en las hermosas fiestas de los dias pasados tenia derecho para celebrarse tambien un poco á sí misma.

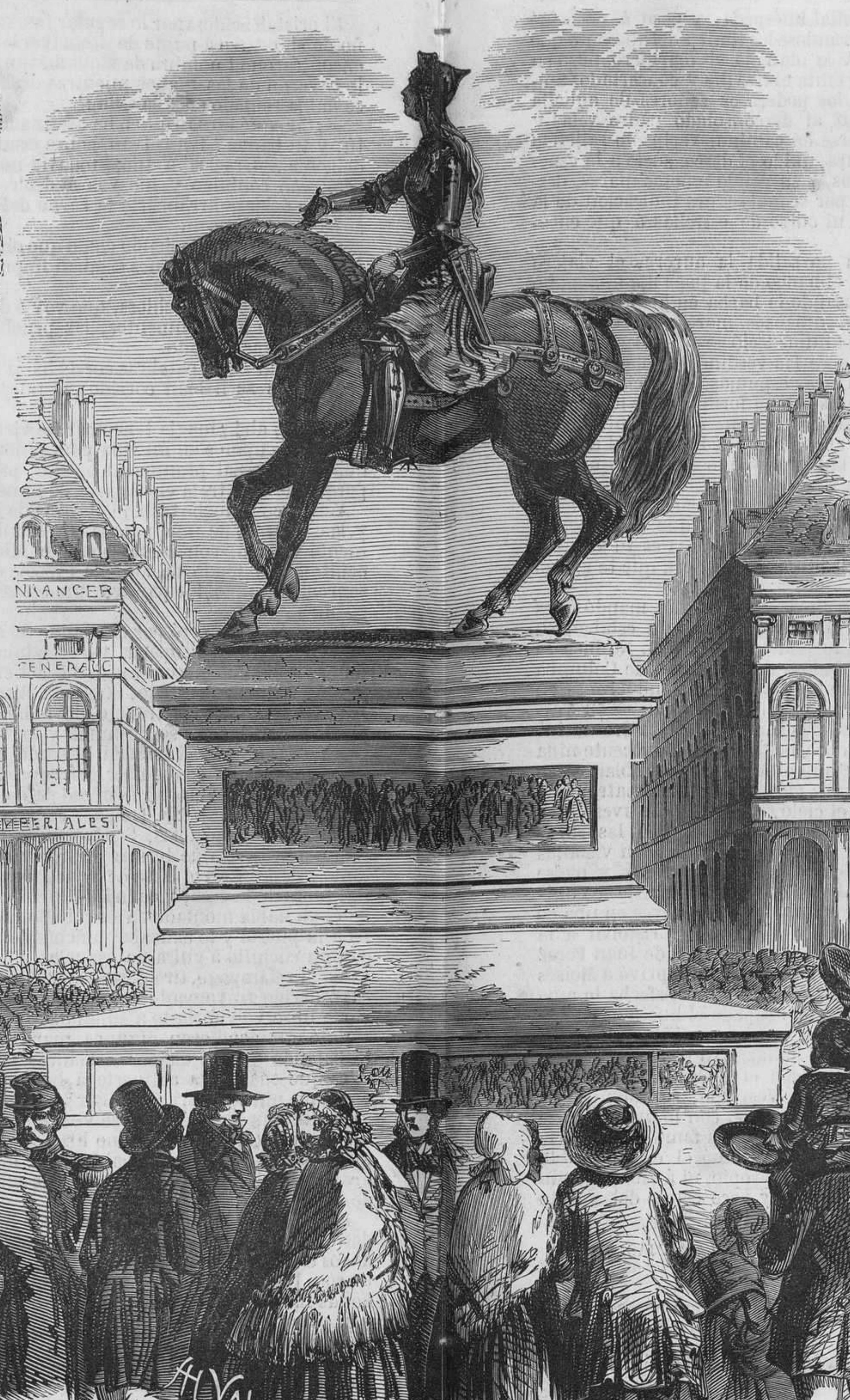
Y sin embargo, con una modestia, con una perfecta abnegacion, Orleans se olvidó de sí, para no pensar mas que en su heroína: los libros patrióticos, los himnos, los coros, las sinfonías; luego los emblemas, las banderas, los estandartes, las cabalgatas, todo era por Juana de Arco y servia de adorno ó de cortejo á su gloria. — En primera línea de los homenajes, debemos colocar el panegirico de Juana pronunciado el martes por el señor obispo Dupanloup en la catedral, y la estatua ecuestre, objeto principal de las solemnidades.

El discurso del prelado de Orleans reúne seguramente las mas altas cualidades de la elocuencia cristiana, tal como debe comprenderla nuestro siglo; la elevacion en la verdad, el atrevimiento en la sensatez, la emocion profunda en el sentimiento y principalmente el espíritu de justicia mas inexorable para todos. El señor obispo tuvo el tacto infinito de no eludir nada y de salvarlo todo. Sin perdonar cosa ninguna, supo sin embargo no herir á nadie. Todos esperaban ver como trataba el punto escabroso, de la antigua hostilidad de la Francia con la Inglaterra, hoy su aliada; pero el elocuente obispo se declaró resueltamente contra el proceso de Ruan, el episodio mas odioso de aquella lucha del odio contra la inocencia para darse el derecho, sin ultrajar á la Inglaterra, de clamar contra los jueces de la heroína, que casi todos eran ingleses. « Señores, exclamó, debo hacer que recaiga sobre la nacion rival, el crimen de la iniquidad de aquellos jueces, yo que distingo entre ellos á un obispo? » No es posible mayor atrevimiento. Tocando luego al milagro, añadió hablando de la vida de Juana: « No quiero discutir, pero cualquiera que no sienta en el fondo de su corazon que la mano de Dios está ahí, jamás sentirá nada. » Este hermoso discurso impregnado de una sencillez familiar y genuina, tuvo tambien sus rasgos brillantes en el exordio y en el fin. « La vida de Juana de Arco, dijo el señor obispo, es una epopeya entre dos idilios. » Su panegirico por el contrario, aunque sin salir de los límites de la verdad, ha sido un idilio entre dos epopeyas.

La estatua de M. Foyatier, la apoteosis de bronce, despues de la apoteosis de la palabra, es una obra de gran mérito. El caballo contenido en su ímpetu, es un



animal vigoroso, sólido de miembros y elegante en su fuerza. Juana está bien sobre la silla, pero se diría que el ademán del brazo derecho extendido y de la mano que baja la espada en señal de homenaje al dios de la Paz, influye un poco sobre el torso de la estatua y la imprime hacia el lado izquierdo una inflexion que sobre todo, bajo la armadura debería ser ménos visible. La cabeza presenta un buen carácter, pero parece que manifiesta mas bien la beatitud que la inspiracion. Además hay un defecto histórico muy notable: el artista en vez de dar á Juana de Arco la cabellera corta y



Inauguración de la estatua de Juana de Arco, sobre la plaza del Martois, en Orleans, el 8 de Mayo 1855.



recogida como los hombres la llevaban, la ha dejado por el contrario el pelo largo y suelto por detrás del casco, cosa que si no es aceptable bajo el punto de vista de la elegancia y de la gracia, lo es mucho ménos históricamente, pues los mejores cronistas aseguran, que Juana « dejó los vestidos de su sexo y se cortó los cabellos porque debiendo servir al Delfin, y debiendo estar en medio de los hombres de armas, quiso estar vestida como ellos. » La inauguracion de esta estatua sobre su elevado pedestal de piedra, se efectuó con una magnificencia sin

Cabalgata histórica por la noche, con motivo de la inauguracion de la estatua de Juana de Arco.

ejemplo. El sol que toda la mañana no había podido triunfar de las nubes cargadas de lluvia, en el momento que echaban abajo la pesada cortina que cubría la estatua, desgarró también su espeso velo de bruma. Entonces cuando aquel hermoso rayo de sol alumbró las ricas vestiduras del clero, en cuyo centro se hallaba el señor obispo, haciendo relucir también en el otro extremo de la plaza los brillantes colores de los trajes caballerescos, las banderas y los estandartes, y encendiendo sus mil chispas en las puntas de las lanzas y de las espadas, fué aquello un espectáculo asombroso cual ninguno.

Aquel espléndido escuadrón de guerreros de otros siglos, que la víspera por la noche se había paseado entre dos hileras de antorchas humeantes, que aquella misma mañana había tomado sus precauciones contra la lluvia, se reveló en fin tal cual era, resplandeciente con sus trajes variados, elegantes y exactos, bien montado sobre sus finos alazanes cubiertos de púrpura y de oro; allí reconocimos á Dunois, la Hire, los dos Xaintrailles, el condestable de Escocia, sir William Douglas, Santiago de Chabannes, Juan de Nailiac, etc., cada cual con sus pajes y servidores; el bastardo con sus hombres de armas y sus escuderos, en una palabra, todos los compañeros de Juana de Arco, armados en guerra todo el cortejo belicoso de su historia. No faltaba un solo infanzón, según la curiosa lista que se había hecho, y todo el mundo aplaudía de corazón aquella comitiva de espléndidos guerreros que era sin duda el prestigio más brillante de aquellas brillantes fiestas.

E. F.

Metamorfosis castellanias

ESCRITAS Y COMPILADAS POR MUCHO Y VARIO NÚMERO DE GENTE OCIOSA QUE IRÁ SALIENDO EN EL PROCESO DEL LIBRO.

PRÓLOGO.

Carísimo lector — Que la buena suerte y la conformidad de pareceres reuna y ayunte debajo de un mismo techo varios amigos un día tras otro y encendiendo el cigarro y arreglándose la capa gobiernen el mundo, den su dictámen sobre los más intrincados negocios, murmuren de los ausentes, elogien á sus camaradas, corrijan á Cervantes ó menosprecien á Lope de Vega, cosa es que viniendo á la corte de las Españas, mi buen amigo, hallarás en cada chirivital por pequeño y desmantelado que parezca; pero que de estas conversaciones y controversias resulte un libro, obra de muchos padres, sin que hayan precedido duelos, semblantes rostri-tuertos y disputas y altercados de á fólio, tendrán por sobrenatural y pasmoso lo que con muy sobrada razón, nos tienen solo por grandes perdedores de tiempo y poco dispuestos á emplearnos en asuntos de cuantía.

Pues no tienen otro origen ni procedencia los cuentos que vas á leer con extraña curiosidad que procuraré avivarte en estos renglones, si es que ya no has abierto la boca y entornado los ojos.

La ociosidad que es madre de todos los vicios al decir de muchos, esto de tiempo en tiempo de algunas virtudes: prueba de ello son las Metamorfosis Españolas y perdona lector si ántes de lo que imaginaba he echado á volar el secreto, modesto título con que hemos bautizado el fruto de nuestras vigiliias.

Escucha atentamente la historia de su nacimiento con lo que tendrás el prólogo del libro y yo solventada la deuda de hacer proemios, buscar encarecimientos é hilvanar y coser los desasidos harapos de tanto vate prosista como ha solicitado una suerte de tan deliciosa y no cultivada tierra.

Pero puesto que he dado de mano por breves instantes á mis ordinarias tareas y en algo he de pasar el tiempo hasta que el toque de *Ave María* me llame á recoger velas hacia mi oscura vivienda, toma mi brazo lector benévolo, te guiaré al propio sitio en que brotó el manantial metamorfofóico y allí departiendo en santa paz comenzaré la narración. Sube pues conmigo más de noventa mortales escalones de una casa recién labrada, en calle ni soñaria ni bulliciosa: entra en esa habitación sin ceremonia, que el dueño no nos molestará, ocupado como se halla en dar la vuelta á Madrid por vía de paseo escudriñando rincones ocultos en busca de antigüedades.

Templo es de la literatura patria, á juzgar por el severo é intencionado busto que, encima de ese estante, precioso depósito de la ciencia arqueológica, retrata coronado de laurel al mejor soldado, al más original y más elegante de los escritores castellanos, tesoro de la cultura y de la sal ática, noble en la expresión, sobrio en las palabras, musical en la frase, armonioso en todo y en todo raro talento é ingenio sin segundo. De sus labios parece quieren salir una tras otra las sesudas razones del Ingenioso Hidalgo, humillando con su ingenuidad muestra mucha petulancia: Perdona varón esclarecido la temeridad de mis amigos y la mía propia, al escribir las transformaciones españolas, cuya traza diste en tu nunca bien ponderado libro. Su continuada lectura y tu muda enseñanza, fueron bastantes para que concibiésemos nuestro pensamiento: tuya es la gloria y nuestra la vergüenza de no haber atinado.

Imaginábasenos que leyendo las hermosas páginas del Quijote, salía de tu pecho un quejido de dolor, al contemplar rotos para siempre los fueros de tu lengua, atropellada su hermosura, mancillada su nobleza por genticillas raeces, ingenios botos, de erráticas creencias y extranjero alino y nos convidabas con tus obras: y aceptamos el envite á fuer de generosos y obligados: revolvímos libros, consultamos tradiciones, no dimos paz á nuestra pobre fantasía y lo que debió ser una serie no interrumpida de varios sucesos bajo de una misma fábula seguidos, fueron lances sueltos y desordenados de diverso estilo sí, pero de escaso merecimiento. Tú les diste vida y los ves crecer en su periódico curso, dando muestras de benevolencia cuando acertamos, frunciendo el entrecejo si perdemos el rumbo y no damos con el puerto. Perdona lector si arrastrado por la veneración que me debe el ingenio castellano he dicho á quien no me oye lo que á tí tuve pensamiento de descubrir. Si te acuerdas de ello, cuéntalo á tus amigos y escúsame el prólogo; con esto pareceme que basta: escúsame si no te acompaño, que ahora me acuerdo que hoy es el día señalado para leer nuestra sexta metamorfosis y héme de quedar aquí. Diles que no ocultaremos nuestros nombres, y cada uno será padre de sus obras y las firmará al pié para que no se equivoquen ni trabuquen: irán divididas en noches como han sido leídas en este mismo aposento donde ahora estás, y si bien con Cervantes por respeto he hecho alarde de modestia, á ellos y á tí os digo que nuestros cuentos son sazondísimos y discretos, trabajo de muchos días de andar entre el polvo de los manuscritos, origen de alguna prematura calva, de tal cual vista con andadores, y de más de un quebradero de cabeza. Hemos tratado de cortar nuestra pluma á la española, mira si la letra es redondita y clara. Elogíanos por esos mundos y evita de este modo que tengamos que hacerlo al fin de la jornada. Dios te dé mucha ventura y no se la niegue á tu amigo verdadero

F. DE PAULA SEIJAS.

FÁBULA PRIMERA.

COLUMBA.

Desatentado y loco iba de córte en córte y de pueblo en pueblo, un hombre que más se acercaba á la edad madura que á la ardiente juventud. Cansado, roto y á punto de morir, llegó al ponerse el astro lumínar á un convento situado en los confines de la Europa: llamó, acogieronle, regaláronle en cuanto pudieron, y el guardián le preguntó afable de dónde y á qué venía por aquellas tierras, á lo que el viajero con voz lastimada dijo: muy lejos es mi patria y muy otro de lo que anuncia mi traje es mi profesión: inclinado á luchar con las tempestades y á vencer las bravezas de la mar, híceme marinero y bien pronto mi audacia y mi fortuna me dieron riquezas y renombre. No muy distante de aquí llegué á un puerto en una de mis correrías, y quiso Dios que pusiera los ojos en una hermosa doncella á quien muy pronto llamé mi esposa, y una preciosísima niña á quien pusimos por nombre Columba luego la ufanó con el de madre. Pero la ambición habíase apoderado tan fuertemente de mi alma, que no tardé mucho en arriesgarme en nuevas navegaciones, y el llanto de la ausencia consumió la hermosura y tras ella el vital aliento de mi cara consorte. No fué bastante tal desgracia á que yo volviera de mis locas esperanzas y seguí casi olvidado las peregrinas empresas en que mi ánimo se complacía. ¡Ay cuán locos son los pensamientos de los hombres! Volví á mi casa despues de dos largos años que faltaba de ella, y aguardábame allí el más rudo golpe que puede afligir el corazón de un padre. La mano de un desconocido me robaba mi hija, cuando arrepentido de mis pasados errores venia á compartir con ella la paz del hogar doméstico é instruir su alma juvenil. El dolor, la rabia y la desesperación unidos, me dieron fuerzas para ir en aquel y en muchos días de las casas de los ricos á las cabañas de los pastores y á las cuevas de los pobres, de los agrios montes y sierras empinadas, á los profundos valles y á las simas insondables, seguí las corrientes de los rios, y fatigado pero vivo el espíritu, determiné de dejar mi casa y encomendándome á Dios, corrí sin descanso de Portugal á Francia, y de allí á otras partes, hasta que la Providencia me deparase á mi hija, que sí hará, porque en ella y en la Virgen confío. Consolóle el buen fraile, dijo que mantuviera siempre su esperanza en Dios y que aun él le ayudaría en la busca de ella en cuanto sus fuerzas alcanzaran. Acostóse el viajero, y cuando iba rindiendo los párpados al sueño, sintió un deliciosísimo aroma, y luego bajar de lo alto de la estancia una clarísima nube, del color de la nieve de las montañas que creciendo llenó todo el espacio: dividióse y dejó ver otra de oro con brillos de esmeralda y de rubí, donde sentada en trono de estrellas, apareció la Virgen con apacible semblante de paz y bienandanza. Quiso hablar el desconsolado marinero, pero embargósele la lengua, y juntando sus palmas adoró la visión. La Virgen dejando el trono y moviendo sus plantas por medio de la nube, acercóse á él y le dijo, con voz semejante al laud y á la cítara en acorde acento... «Busca á tu hija más allá de los mares, traspasa los límites del mundo por el lado de Occidente donde hierven las olas y se derriten las montañas al influjo de los rayos del sol, y la encontrarás ofreciéndote fama eterna y posteridad sin límites en familia que se ha de extender por todo un mundo: apresúrate y no tardes.» Calló en

diciendo esto la celestial huésped, y poco á poco fué desapareciendo y cerrándose los límites del aposento que se habían perdido. A la mañana el marino puso en noticia del guardian tanta maravilla y concertados ambos, alcanzaron de los poderosos señores de aquella comarca, que dieran al desconsolado padre velas y gente con que ponerse en camino. Verificólo saliendo del puerto á la ventura, unido el desconsuelo á la esperanza, dejando playas, y surcando ignotos mares, desconcertado el rumbo por la mal segura indicación de la brújula y sin carta ni curso de estrellas á que encomendarse.

Una mañana aun no salida la aurora, el viajero echado de pechos en el banco de la popa fija una mano en el timón y descansando la barba en la otra, miraba triste y afligido los inmensos mares, no ceñidos de costas, y una lágrima humedeció sus tostadas mejillas. De pronto removiéndose las verdinegras olas en confuso torbellino de blancas espumas, apareció en medio una hermosa niña en dosel formado por los anchos pliegues del manto de una matrona de tranquilo semblante y de inmóvil apostura: Quedó mudo el marino y dejando el timón la mano que lo sostenía, quitó de su cabeza la gorra á tiempo que doblaba sus rodillas. ¡Mi hija, prorumpió, mi hija! ¡Gracias, Virgen adorada! He cumplido mi promesa, oyó que le contestaban en lo alto de la celestial esfera; esa es tu gloria y tu eterno renombre dedícalos á la tierra que te ayudó á encontrarlos.

Apénas escuchó estas palabras, cuando mandó á los marineros que encaminasen adonde aun estaban su hija y su esposa, que nadie sino él veía. No bien se acercaban, desprendiéndose de las sienas de Columba la corona de flores que eran su adorno mudáronse en verdes islas y encantados valles, desprendióse su vestidura y vió ante sus ojos el asombrado padre un inmenso espacio de tierra y ocultándose la inocente niña aparecer multitud de humanos séres de semblante sencillo y sutil vestidura: elevóse luego la matrona, y escondiéndose pobló el cielo sin número de aves de bizarro plumaje y vistosas colores. Flotaron las ropas por en medio de las aguas y crecieron á su vista las montañas, brotaron los árboles y las plantas, y oyóse el silbido de la terrible culebra, y el rugir de los animales carniceros. Vararon en esto las naves en una de las poco ántes modestas rosas, bendijo Cristóbal á la Virgen y tuvo un mundo más la patria de Juan Perez de Marchena; pero así como una falta privó á Moisés de la tierra prometida, Cristóbal vió satisfecha la ambición de su vida, mas no ocupado el hueco de su corazón. Había servido por mano providencial á otro pueblo que al suyo y su hallazgo ni llevó su nombre ni tampoco se engalanó con el de su nueva patria. Cuyo tal suerte á Americo Vespucio, robador de Columba, único halago del Genovés, con lo que fué castigado este sin mengua de su eterna fama por sus primeros aventurados deseos. No tomó el de su pueblo adoptivo por no amenguar el propio, ni á este fué dada tal ventura, menospreciador y poco celoso del mérito de sus hijos.

F. DE PAULA SEIJAS.

A la memoria de mi Madre.

Maternal love! thou word that sums all bliss,
Gives and receives all bliss, — fullest when most,
Thou givest! spring-head of all felicity,
Deepest when most is drawn! emblem of God!
O'erflowing most when greatest number drink!

POLLOK'S. — *Course of Time.*

..... Une mère!... c'est une
femme, un ange qui est là, qui vous
regarde, qui vous apprend à parler,
qui vous apprend à rire, qui vous
apprend à aimer, qui réchauffe vos
doigts dans ses mains, votre corps
dans ses genoux, votre âme dans son
cœur!...

VICTOR HUGO.

MADRE!... sagrado y delicioso nombre
Lleno de encanto y celestial dulzura, —
Dulce al par de los himnos armoniosos
Que en el cielo los ángeles modulan;

Nombre que llena el corazón de gozo,
Y de placer y dicha el alma inunda;
Precioso don que el cielo concediera
Al mortal en su triste desventura;

Unico bien que el hombre no perdiera
Despues que maldecido por su culpa,
Se le cerraron del Eden las puertas,
Para aplacar de Dios las iras justas.

Ah! MADRE!... cinco cifras matizadas
De placer, de esperanza y de ventura;
Unico encanto de la triste vida,
Blando solaz que el corazón disfruta.

Al escuchar tu nombre delicioso,
El infante que llora entre la cuna,
En sonrisas de júbilo inefable
Rápido cambia el llanto de amargura.

Nombre adorado que, de gozo lleno,
El débil niño con placer pronuncia,
Y que forma las dichas y el contento
De su existencia celestial y pura;

Arcángel tutelar de nuestra infancia,
Que entre caricias la niñez arrullas;
Misionera del bien y las virtudes,
Dulce consuelo de la edad adulta;

Mágico nombre, arrobador, divino,
De dicha lleno y celestial ternura;
Mas dulce que las auras vagarosas
Que entre las flores con amor susurran.

¡Oh MADRE! entre dulcísima armonía,
En el cielo los ángeles pronuncian;
Y ese nombre tan grato á los mortales,
También alegra la celeste Altura; —

Al canto de las vírgenes hermosas,
Ardiente serafín sus tonos junta,
Y un nombre bello, con respeto sacro,
Sus dulces voces con placer modulan.

Las almas de los justos refulgentes
Albórozadas, llenas de ventura,
Ese nombre repiten arrobadas,
Y el almo asiento de Jesús circundan.

Tiempla el Profeta el arpa melodiosa, —
Y á sus notas de mística dulzura,
Los Patriarcas sus rimas sonoras
Y gratos himnos al concierto juntan.

— MARÍA!... del mortal seguro puerto, —
Llena de encantos, de bondad fecunda:
Entre cielos y tierra mediadora, —
Iris de paz, de amor y de ventura;

MARÍA!... de Jesús dichosa Madre;
Inocente paloma, Virgen pura:
Hermosa flor del valle de la vida,
Fanal luciente que en el cielo alumbrará!

El Eterno se goza oyendo el canto
Que armoniosos los ángeles modulan,
Y el Hijo vuelve sus divinos ojos
Hacia su MADRE celestial y pura.

¡Misterio grande de la excelsa cumbre!
¡Dios encarnado en terrenal criatura!
¡MARÍA, MADRE del que crió los Cielos!
¡Portento inmenso de la ESENCIA AUGUSTA!

Ah! MADRE!... dulce nombre consagrado
En MARÍA, de amor la fuente suma,
Precioso don de la terrena vida,
Bálsamo de las penas y amargura!

Ese nombre de MADRE tan querido,
Mi mente joven incesante cruza;
Oh! si en el regazo maternal pudiera
Mitigar mi angustiada desventura!

En vano, MADRE, sin cesar te llamo, —
Mi labio en vano con placer pronuncia
Tu dulce nombre; por do quier encuentro
Solo tristeza y soledad profunda!

Mi mente en vano recordar pretende
Los gratos días de mi alegre cuna,
Cuando mecido entre dorados sueños
Gocé feliz tu maternal ternura:

Pasaron ¡ay! tan deliciosos tiempos
Cual dulce sueño que á la mente arrulla,
Como la arista que arrebató el viento,
Como del mar la vaporosa bruma!

Ah! MADRE!... ¿qué se hicieron las caricias
Del maternal amor y su dulzura?
¿Por qué te alejas de mi lado, dime,
Cuando mi alma solícita te busca?

¡Acaso el solo bien, el bien precioso
Que en este mundo el corazón disfruta,
Inclementes los cielos me negaron,
Llenando mi existencia de amargura!

Y cuando el alma juvenil y tierna
Solo caricias maternales busca, —
¡Secar en flor tan dulces esperanzas,
Digno será de la celeste Altura!

En la orilla primera de la vida,
Al borde apenas de inocente cuna,
Se agostaron mis gratas esperanzas
Y me siguió do quier la desventura.

Tierno arbusto arrancado de la tierra,
Al cual azota tempestad sañuda;
Flor que deshoja el huracán furioso,
Y que la lluvia sin cesar abruma: —

Tal ha sido mi vida pesarosa,
Desierta siempre, y siempre sin ventura;
El pesar la agitó desde la infancia —
¡Tal vez la agite hasta la negra tumba!

Cuando rosas matizan á la vida,
Y de gala se viste la natura:
En la edad de ilusiones y de ensueños,
Amarga pena el corazón me punza!

Siempre cercado de dolor y penas, —
Sin ilusión, sin ilusión alguna,
Agostóse en mi pecho la esperanza,
Y mi vida llenóse de amargura!

MADRE! repito; mas mi voz perdida
Entre los vientos resonar se escucha,
Que para sí los cielos reclamaron
Tan cabal y purísima criatura!

Madre adorada, de virtud modelo,
Flor bendecida entre azucenas puras, —
Allá del cielo en la felice corte,
Tu aroma el alma de fragancia inunda.

Un instante lucieron tus virtudes
En este mundo de desdicha suma, —
Y ora en la luz del serafín bañada,
Himnos de amor dulcísimos modulas.

Allí también la Reina de los cielos,
MARÍA, MADRE de Jesús, tan pura,
Un trono tiene de rubí y diamantes
Do las estrellas con su luz alumbran;

Allí querubas del Señor amados,
En dulces himnos plácidos murmuran
El MATER CHRISTI, con profundo gozo,
Y por los cielos resonar se escucha.

Oh! ya que el cielo, en insondable arcano,
Mis padres me quitó desde la cuna,
Y en este mundo de desdicha y lloro
Colmó mi vida de terrible angustia;

Ora que herido el corazón de pena,
En vano el alma anhela de ventura
Un instante siquiera que mitigue
La pena atroz que sin cesar le abruma:

MADRE! ante el trono de Jehová sagrado
Ofrece mi alma á la Deidad Augusta,
Y con el Ángel, pídele que vuelva
Hacia mis penas su mirada pura;

Pide á MARÍA, casta como hermosa,
Que con su manto mi existencia cubra;
Y que sus ojos de pureza llenos,
Me enseñen vía de virtudes puras.

Y tú, MADRE! que formas mis ensueños,
Sigue gozando perennal ventura,
Mientras por mí tus amorosos ruegos
Jehová divino con bondad escucha;

Para que pueda, entre doradas nubes,
Gozar sin fin tu maternal ternura,
Arrullado por siempre en tu regazo,
Gozando de la dicha que disfrutas!

J. M. TORRES CAICEDO.

El álamo blanco.

Mientras el aura del ardiente estío
Derrama con vuelo fatigado,
Sobre la mística majestad del prado
De la alma aurora el virginal rocío;
Besando el agua del raudal umbrío
A la sombra de un álamo apartado,
Oyó que así en murmullo sosegado
Decían el árbol y el sonoro río:

— Si el céfiro de abril huyó ligero,
Qué espíritu divino te alimenta
Y hace perpetuo tu verdor primero!

— Yo presto sombra cuando el sol calienta,
Rasgo del aire el torbellino fiero
Y el bien que hago mi verdor sustenta.

JOSE SELGAS Y CARRASCO.

Los cazadores de infantería.

En Francia es muy moderna la creación de cuerpos especiales para el servicio de tropas ligeras. La organización de los cazadores data del reinado de Luis XV y de la guerra de la sucesión de Austria.

Juan-Fischer fué el primer jefe de esta nueva arma que debía adquirir tanta celebridad. Fischer era un hombre de baja condición que principió á darse á conocer á fines de 1742 cuando los austriacos cercaron á Praga. En los combates que sostuvo á la cabeza de sus aldeanos armados contra los austriacos demostró tanta inteligencia y valor, que le autorizaron á organizar su pequeña tropa dejándole dueño de dirigirla á su gusto. En efecto, su cuerpo tomó el nombre de *cazadores de Fischer*, y como en él podía engancharse todo el mundo, se aumentó rápidamente hasta que al cabo al fin de la guerra contaba 400 cazadores de infantería y 200 de caballería.

Sobre el mismo modelo se crearon sucesivamente por la misma época otros pequeños cuerpos de tropas ligeras, como los arcabuceros de M. de Grassin, los fusileros de la Morliere, el real-Cantabria, los voluntarios de Gante y los voluntarios bretones. Los de Grassin adquirieron la entera confianza del mariscal de Sajonia, y en Fontenoi mostraron un arrojo sin ejemplo.

La palabra *cazador*, aplicada á una tropa ligera, nos viene de la Prusia. — El gran Federico formó batallones francos para oponerlos á las nubes de tropas irregulares que había armado la reina de Hungría, y reclutados en un principio entre los hijos de los guardabosques de su reino, mozos muy diestros en el tiro y endurecidos en la fatiga, recibieron el nombre de *batallones de cazadores de infantería*. Aquel gran capitán conocía tan bien la importancia de ese género de servicio, y de los conocimientos que exigía, que hizo de él la escuela de sus generales y que quiso él mismo trazar las instrucciones que habían de seguir sus tropas ligeras.

Las demás potencias del Norte tuvieron ántes que la Francia cuerpos de cazadores muy temibles por la precisión de su tiro. En Austria había los *tiroleeses*, en el Piamonte los campesinos de los valles de los Alpes, de Piquerol á Niza, y por último la España los *migueletes*, se habían hecho ya célebres despues de mucho tiempo sin que la Francia hubiese intentado la creación de tropas ligeras especiales que sin embargo había sido reclamada por hombres de guerra eminentes.

Desde el siglo XVI, el duque de Guisa quería reunir con ese objeto montañeses y hombres del Mediodía, ligeros de cuerpo, armados con dagas y arcabuces, provistos de pólvora fina, y repartidos en cuatro ó cinco cuadrillas. Despues el mariscal de Noailles formó en el Roussillon un regimiento de migueletes franceses que se hicieron célebres bajo el nombre de arcabuceros de montaña y que prestaron eminentes servicios. — El príncipe de Condé y el mariscal de Turenne agregaban siempre á sus ejércitos cuerpos de soldados ligeros encargados de guerrillear contra el enemigo.

A estas cuadrillas abandonaron el servicio de la infantería ligera hasta la creación de los cazadores de Fischer y otras legiones mixtas de Luis XV.

En 1784 se reorganizaron estas legiones de infantería y caballería, y la infantería formó los *batallones de cazadores* que al principio de la revolución llegaban á doce. Mas este escaso número no se hallaba en proporción con la infantería de línea considerablemente aumentada por los 100 batallones de voluntarios formados en 1792. La asamblea legislativa decretó pues la formación de tres legiones, una para cada ejército, y el alistamiento de muchas compañías francas que se reunieron despues en batallones. Dumouriez acostumbró esta nueva infantería á las avanzadas y al fuego de guerrilla. En la batalla de Jesumapes lanzó batallones enteros de tiradores que hicieron.

El nombre de *cazadores de infantería* subsistió en tiempo de la República y del Directorio, y fué dado sucesivamente á varias compañías de distintos regimientos; también formaron parte de la guardia consular, y despues adquirieron un glorioso renombre en la guardia imperial. En tiempo de la restauración hasta 1820, cada legion departamental comprendía un batallón de *cazadores*, pero entónces ya no quedaba mas que el nombre de la institución de Fischer; su servicio, su armamento y la instrucción de su oficialidad no eran propios de sus funciones especiales.

En tal estado se hallaban las cosas cuando en 1828 se agitó un instante en el Consejo superior de la guerra la cuestión de la supresión de la infantería ligera. El *Espectador militar* publicó en su defensa un notable artículo. « Dicen que la infantería ligera, escribía el autor, no tiene de ligera mas que el nombre, pues su instrucción, su servicio y sus trabajos son los mismos que los de la infantería de línea. Esto es verdad, pero ¿tiene la culpa de ello la infantería? Este cuerpo que comprende muy bien el servicio á que se halla destinado, reclama hace mucho tiempo maniobras que estén en armonía con su destino en la guerra, y desea que le instruyan en un ejercicio penoso, pero que haría con gusto, porque conoce su importancia, y que además está de acuerdo con el carácter nacional. »

El mariscal, duque de Dalmatie, ministro de la Guerra, comprendió la necesidad de un cuerpo especial instituido con ese fin, y en el decreto dado á su propuesta con fecha 5 de julio de 1833 relativo á la organización de la reserva, hay un artículo que dice: — « Se formará en cada uno de los depósitos de quintos y de reservas una compañía de *cazadores francos-tiradores*, con



Arma terciada.

Paso gimnástico.

En guardia contra la infantería.

Quite en primera.

En guardia contra la caballería.

carabinas rayadas. — Estas compañías se compondrán de soldados jóvenes procedentes de las quintas anuales, que lo deseen, y cuya educacion ó costumbres los haga aptos para el servicio de tiradores. — Una instruccion de nuestro ministro de la Guerra determinará las reuniones, los ejercicios de estas compañías y los premios que se concederán á los francos-tiradores mas diestros. »

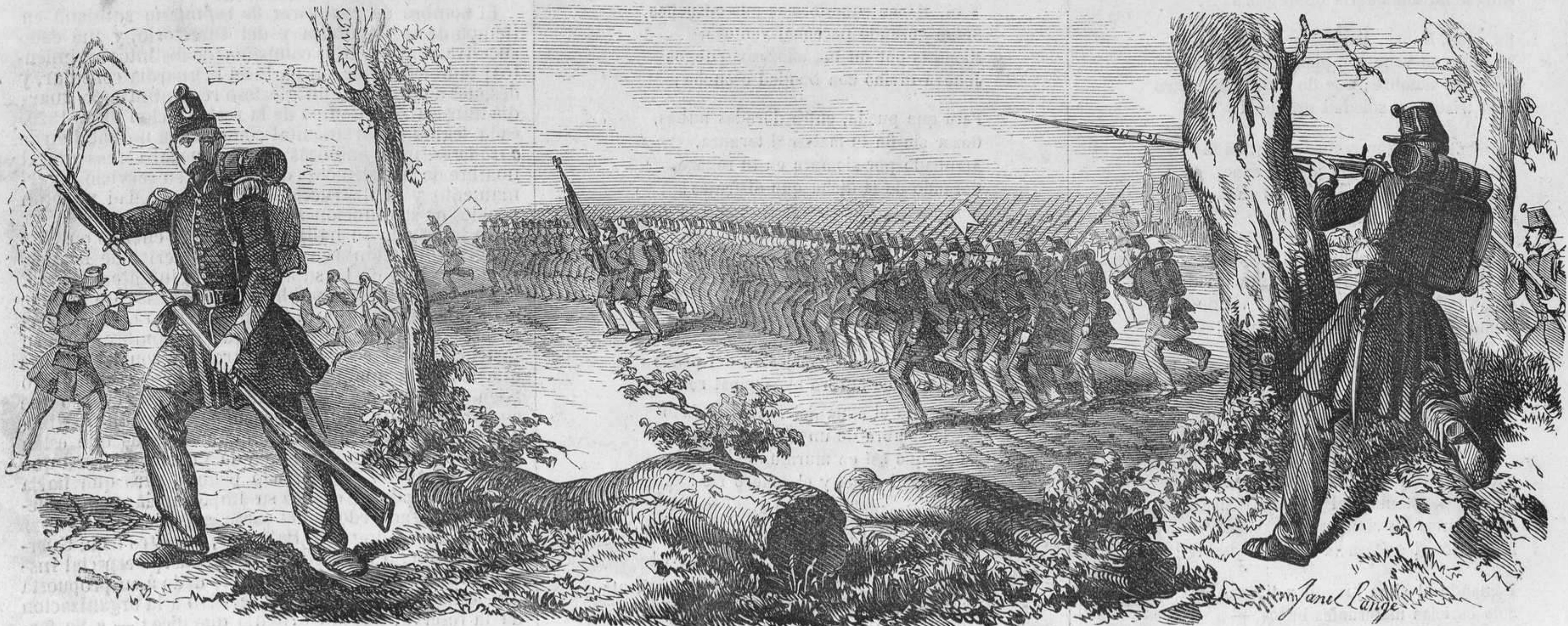
La instruccion provisional sobre la reserva del 16 de noviembre de 1833, contenia iguales disposiciones, y por último en el preámbulo del proyecto de ley presentado el 10 de enero de 1834 á la cámara de diputados, por el mariscal ministro de la Guerra, se leia lo siguiente. « Armados con carabinas rayadas, revestidos con un uniforme propio para su destino, los rancos-tiradores po-



Grupo de cuatro.

drán ser reunidos en batallones (cuyo número total será de diez, añadiendo el de las compañías, y su educacion especial nos dará cuerpos de verdadera infanteria ligera, arma que nos falta. »

Sin embargo, pasáronse algunos años antes de que esta verdadera infanteria ligera quedase definitivamente organizada. Despues de varias tentativas infructuosas hubo de acreditarse en Francia la opinion de que era imposible obtener nunca un buen servicio en campaña con las armas rayadas, cuando un antiguo oficial de infanteria de la guardia real, M. Delvigne, inventó un modo de forzar la bala que hacia la carga de la carabina tan sencilla y casi tan pronta como la del fusil ordinario. De 1826 á 1837 estuvo luchando M. Delvigne para que se adoptara su invencion en el



Carga marchando.

Marcha en batalla al paso gimnástico.

Tiro detrás de un obstáculo.



En cuarta.

En tercera.

En primera.

Golpe lanzado.

ejército francés. Por este tiempo el duque de Orleans acababa de volver de un viaje por Inglaterra y Alemania, durante el cual habia observado con cuidado las tropas ligeras de esos diferentes Estados, y habia podido apreciar las ventajas y el mérito de su organizacion. Al punto acogió el invento, y gracias á su influencia se formó en Vincennes una compañía de tiradores de prueba, armada con la carabina de Delvigne. En 1838 se añadieron dos nuevas compañías á la primera.

Estos tiradores de Vincennes llevaban la gorrilla española, la levita con dos hileras de botones y las charreteras verdes de los antiguos cazadores de la guardia imperial; al lado pendia un sable-yatagan, cuya hoja se desarmaba de su guarnicion para fijarse en la extremidad de la carabina, trans-



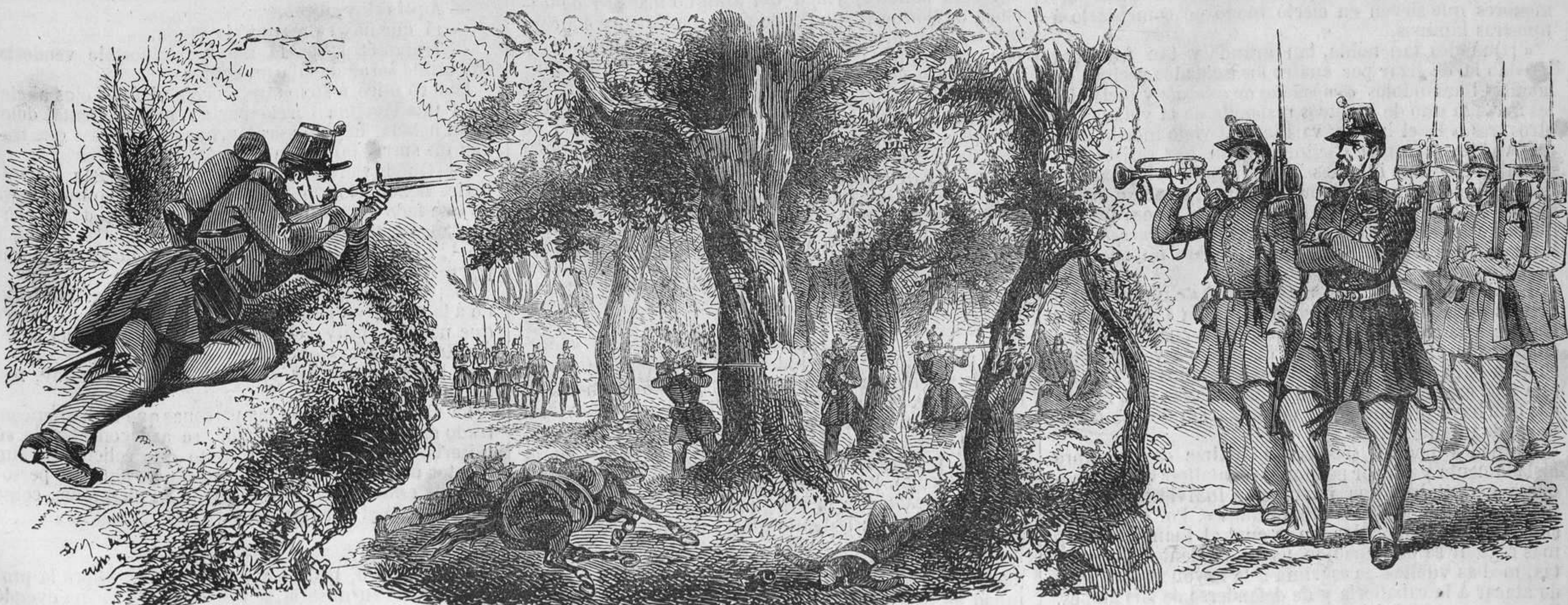
Grupo de media seccion.

formándose así en la mas terrible de las bayonetas.

El batallon provisional de cazadores creado por decreto de 14 de noviembre de 1838, quedó constituido bajo el nombre de tiradores (de Vincennes) por decreto de 28 de agosto de 1839.

En las maniobras que ejecutaron en el campo de Fontainebleau, los hombres del oficio admiraron sus movimientos precisos y rápidos, la superioridad de su tiro, la severidad de su uniforme y la buena disposicion de su equipo.

En ese mismo año de 1839 el batallon fué embarcado para Africa, donde le esperaban pruebas mas decisivas y concluyentes. Los árabes en breve cobraron miedo á esos infantes negros, hijos de la muerte, como ellos les llamaban; cuyas balas les herian á distancias increíbles.



Tiro en tierra.

Cazadores desplegados en guerrilla.

Toques de mando.

Por un decreto de 28 de setiembre de 1840 se crearon diez batallones de cazadores de infantería, formados con destacamentos de hombres elegidos en todos los regimientos de infantería que reunían las condiciones de ser ligeros, buenos andarines y de una constitución robusta. Cada batallón se compuso de ocho compañías y de una sección de reserva; el efectivo era de 1240 hombres. El estado mayor comprendía: un comandante de batallón, un capitán ayudante-mayor, un capitán que hacía las veces de mayor, un teniente instructor del tiro, un teniente tesorero, un teniente encargado del equipo y un cirujano.

Las siete primeras compañías recibieron por armamento la pequeña carabina Delvigne, perfeccionada por el comandante de artillería Thierry. La octava, formada de hombres escogidos y vigorosos, recibió un arma más pesada, pero que ofrecía resultados mucho más ventajosos porque su alcance era mayor y penetraba más su bala.

En 1842 se aumentó el calibre de las carabinas. La invención en 1844 de la tige debida al coronel de artillería Thouvenin y el descubrimiento de la bala cilindro-cónica de M. Minié, hicieron adoptar en 1846 en los batallones de cazadores la carabina que actualmente usan, y cuya precisión y alcance son tan superiores á las de todas las armas anteriormente conocidas. — A la bala del capitán Minié sucedió la bala llamada cilindro-ogival y acanalada del capitán de artillería Tamisier, y por último esta fué reemplazada por la bala perfeccionada de Minié, invento que produce la mayor sencillez en la fabricación y la carga de las armas rayadas.

En la primavera de 1841 los diez batallones salieron del campo de St.-Omer donde se habían formado, y llegaron á París donde recibieron su bandera el 7 de mayo; bajo las órdenes de su entendido organizador ejecutaron en el polígono de Vincennes grandes maniobras, y el tiro al blanco en presencia de un concurso inmenso de generales, de oficiales de todas armas, de pares de Francia, de diputados y de curiosos que habían acudido de la capital.

Los batallones 3º, 5º, 6º, 8º y 10º salieron inmediatamente para la Argelia en la primavera de 1843; el 9º salió también con el mismo destino. Sus camaradas que se quedaron en Francia pronto pudieron leer con orgullo la narración de los gloriosos combates de sus hermanos de armas.

Los límites de este artículo no nos permiten entrar en los pormenores que merecerían esas luchas diarias sostenidas con tanto arrojo, tantas marchas penosas bajo un sol ardiente ó durante largas noches de lluvia. Jamás pudo haber soldados que sufrieran de mejor humor la terrible tarea de la vida de campaña en un país sin recursos.

Para no citar más que un ejemplo, tomemos el sitio del oasis de Zaatcha en que tomaron parte los batallones 5º y 8º. En su parte sobre esta acción el general Herbillon se explica en estos términos:

«Nuestras tropas de Africa han sostenido su brillante reputación; es imposible decir lo que valen semejantes soldados conducidos por oficiales tan intrépidos. Ha habido necesidad de cincuenta y dos días de trinchera abierta, otras tantas noches en vela, otros tantos combates en la trinchera que días de trabajo, cuatro acciones serias contra el enemigo exterior, dos más para salvar nuestros convoyes; por último, se han necesitado dos asaltos terribles y el sitio de cada una de las casas, de cada uno de los pisos de estas casas.»

Después de haber cumplido con su deber de un modo tan brillante, los seis batallones se volvieron sucesivamente á Francia, de donde últimamente salieron en su mayor parte para el teatro de la guerra actual.

El capitán de estado mayor Du Casse publicó hace algún tiempo en el *Monitor del ejército* tres artículos notables sobre la infantería ligera y los cazadores de los cuales tomamos para completar esta noticia varios pormenores que sirven en cierto modo de comentario á nuestras láminas.

«¿Qué idea tan noble, tan grande y tan fraternal ha sido la de ligar por cuatro los soldados vecinos en las filas llamándolos *compañeros de combate* y diciéndoles: «Cada uno de los otros responde de la vida de los otros tres.» Es el haz de varillas del viejo moribundo; una varilla se rompe fácilmente; un haz resiste con ventaja. Nuestros infantes han comprendido maravillosamente esta idea muy buena también para desarrollar en su corazón el noble sentimiento de esa fraternidad que se llama en el ejército *espíritu de cuerpo*, que los cazadores de infantería han recogido en sus filas preciosamente.

La idea de los *compañeros de combate* obrando por grupos para defenderse, formando en la llanura para resistir á la caballería tantos pequeños cuadros de los cuales cada elemento se halla dispuesto á vender cara su vida para proteger la de sus hermanos de armas, esta idea es una de las más dichosas, de las más fecundas que haya presentado la organización de los cazadores de infantería.

Llamados por su servicio á batirse casi siempre aisladamente y no por pelotones ó batallones, los cazadores necesitaban una instrucción individual mucho más sólida que la de los otros infantes. Por eso tienen su ordenanza particular, en la cual al manejo de armas regular se han añadido los movimientos de vueltas, medias vueltas, la esgrima á la bayoneta, el modo de atacar á la caballería y de defenderse de sus golpes. Después se modificó la escuela de tiradores, de modo que este servicio no fuese ya solamente un servicio

accidental sino un servicio ordinario, y que los hombres pudiesen combatir en ese orden un día entero sin unirse con el pelotón ó el batallón, si es que no hay necesidad absoluta de hacerlo. Los grupos por *compañeros de combate*, ó por grupos sobre la reserva de la sección pueden preceder la unión sobre el pelotón ó el batallón, de modo que estas dos últimas reuniones solo se hallan prescritas cuando hay fuerza mayor.

Pero la mejora más importante introducida por la formación de los batallones de cazadores de infantería consiste en el tiro.... Con esta formación se ha resucitado el gran principio militar de que la fuerza principal de la infantería consiste en su fuego y la de la caballería en su choque. De este modo pues, se ocuparon ante todo de mejorar el tiro, dando á los infantes buenos principios teóricos y prácticos, y sobre todo buenas armas. Se establecieron escuelas de tiro; se fundó en Vincennes una escuela modelo, y se concedieron premios á los soldados más diestros, no solo en esas escuelas, sino también en todos los regimientos de infantería. Los hombres más diestros en el tiro del fusil tuvieron escarabadores de honor que llevaban en sus uniformes como señales distintivas... Todas las mejoras que acabamos de señalar se deben pues á la creación de los batallones de cazadores de infantería.»

L. G.

La Casita del Soto.

A orillas del bosque de Fontainebleau, entre la bonita aldea de Montigny cuyas casas de tejados encarnados y sus azoteas llenas de flores se reflejan en las ondas transparentes del Loing, y Marlotte, otro lugarcillo no menos pintoresco, hay un soto largo y ancho que llaman *los Trembleaux*. Este soto separa el bosque, al que ya no pertenece de las tierras de labradío próximas al Loing, y que forman entre Bourron y Marlotte una especie de ensenada arenosa rodeada por tres lados de promontorios de verdura. Los Trembleaux son uno de los sitios más bonitos para pasearse en el verano. Los árboles son pequeños, las cuestas suaves, la sombra muy fresca y el ambiente ligero. Se halla lleno de senderillos para cabras con orillas de brezos de flores color de rosa y doradas retamas, es en una palabra, una exacta reducción de ese bosque de Fontainebleau tan conocido donde se encuentran árboles magníficos y excelentes paisajes, pero donde es imposible hallar nada verdaderamente grandioso, si se exceptúan algunos efectos de noche.

En un lado del soto, á una distancia casi igual de Marlotte y de Montigny, se elevaba entre unos castaños una casita de piedra cuyo tejado cubierto de paja le habría dado una fisonomía bastante triste, si no hubiera sido por un pabellón que se enorgullecía con su único piso y sus antiguas tejas alfombradas de un musgo verde y hermoso. Esta casa se componía de un establo desierto, de una pieza grande que servía de cocina y donde había una cama, y de una tosca escalera que conducía al cuarto alto, el cuarto del pabellón.

En toda la comarca llamaban á esta vivienda *la Casita del Soto*.

La casita se hallaba ocupada por una pobre viuda Teresa Boiteux, y por su hijo Isidoro, guapo mozo de veintinueve años, robusto, de rostro inteligente y simpático á quien todo el mundo quería muchachos y muchachas, los unos por su buen humor, y las otras por su buena cara.

Teresa Boiteux, viuda del antiguo maestro de escuela de Montigny, no poseía ninguna fortuna. La casa que tenía en arriendo la costaba diez pesos por año, y ella ganaría unos ciento fabricando cestillos de mimbre y medias de lana que la compraban para vender después en los mercados de Nemours y de Moret. Isidoro por su parte hacía cuanto podía, pero á pesar de su buena voluntad muy poco adelantaba. Su padre en vez de haberle enseñado un oficio desde su niñez, quiso instruirle para que le sucediera en su escuela; el buen hombre había calculado mal, pues para llegar á ser hoy maestro de escuela es preciso haber sufrido pruebas más difíciles, y como Isidoro no contaba sino con una educación muy limitada y con la recomendación de los servicios de su padre ya olvidados, quedó derrotado en los exámenes.

Al principio de su viudez Teresa se vió con algún dinero, y como se figuraba que su hijo obtendría el empleo, gastó la mayor parte de él en libros, en viajes y en vestidos. Cuando quedó destruida esta esperanza, Isidoro acababa de sacar el n.º 7 en el sorteo de la quinta, y Teresa conservaba apenas el cambio de su postrer escudo. Por fortuna para ambos, Isidoro se hallaba en la categoría privilegiada de los *hijos únicos de viuda*, y por consiguiente quedó exento del servicio de las armas.

El trabajo de los campos no es lucrativo, pero Isidoro tenía buen ánimo; cerró sus libros, olvidó la mitad de lo que había aprendido, y se puso á trabajar de todas veras. Era muy vigoroso y la buena voluntad no le faltaba. Le mantenían y le daban seis y

ocho reales diarios. Todo iba bien cuando llegó el invierno, que es tiempo de descanso. Se vendieron algunos muebles de los menos indispensables, el hijo ayudó á la madre á tejer cestillos, y así pudieron llegar hasta los últimos días de marzo, la estación en que comienzan de nuevo las faenas campestres.

Pero el invierno vuelve todos los años. El primero se lo había llevado todo, de modo que el segundo encontró á la pobre casita desprovista. Para colmo de desgracia el frío fué terrible; la miseria se fué aumentando de día en día, tanto que una tarde del mes de enero no había en la casita ni dinero ni pan.

Teresa vieja ya y afectada con aquella miseria contra la cual se aniquilaba en una lucha ingrata, se había puesto enferma. Sentada junto á la lumbre de la cocina se preguntaba lo que iba á ser de ella y de su hijo; la tarde se adelantaba; Isidoro había salido desde por la mañana para ver si hallaba algún trabajo.

— ¡Con tal de que lo logre! pensaba la viuda.

En este momento entró Isidoro con un aire de mal humor nada disimulado, y quitándose bruscamente su sombrero blanco de escarcha le sacudió y le arrojó sobre su lecho. Su madre le miró y él respondió á la mirada con un ademán de desaliento y se fué á apoyar al otro extremo de la chimenea, todo sin proferir una sola palabra. Como todo lo que tenían que decirse era muy triste, preferían encerrarse cada uno en la amargura de sus pensamientos.

Este silencio duró mucho rato; la noche se acercaba; Teresa soltó un suspiro.

— ¿Estás mala, madre mía? preguntó Isidoro.

— No, hijo mio, no; ¿no te han querido recibir en las canteras?

— No se puede trabajar; las heladas son muy fuertes... ¡y faltan dos meses de invierno todavía!...

— Esperemos en Dios, hijo mio, y pensemos en él en nuestra miseria. Nunca abandona á los suyos.

— Me he encontrado al señor cura de Montigny que me ha prometido que vendría á vernos.

— ¿Cuándo le has visto?

— Esta mañana.

— Ya tarda en venir, dijo la viuda en voz baja como hablándose consigo misma.

Pero Isidoro la oyó y esta frase trastornó su cabeza. Creyendo adivinar que su pobre madre para no entristecerle más le ocultaba una parte de su miseria, quiso saberlo todo.

— Pronto será de noche, madre mía; ¿podríamos cenar ya? Luego nos acostaremos y trataremos de dormir... el sueño lo hace olvidar todo.

— Amigo mio, es que...

— ¿Qué hay?

— He dado un encargo á la tía Juana que iba á Fontainebleau... y no ha vuelto todavía.

— ¿Y para qué iba allí?

— Para un encargo... son cosas de la casa.

— Madre mía, me ocultais algo, pero va á venir la tía Juana y en breve sabré de lo que se trata. Entretanto cenemos.

— Pero justamente para cenar tiene que haber venido la tía Juana.

— ¡Cómo!... ¿no hay pan aquí?...

— Ni pan, ni dinero; le he dado mi manta vieja... apenas la necesitaba.

— ¡No necesitarla en el corazón del invierno!... ¡y no hay pan en la casa!... ¡y qué hemos de hacer, Dios mio! Pero con el valor de una manta vieja no hay para vivir mucho, y las noches son largas cuando se pasan en una cama helada... Madre mía, Dios nos abandona.

La tía Juana entró con un envoltorio bajo el brazo.

— Aquí estoy, dijo.

— ¿Y qué hay? preguntó la viuda.

— Traigo otra vez la manta; imposible venderla, imposible sacar de ella un cuarto.

Isidoro miró á su madre. Teresa alzó los ojos al cielo, y una lágrima corrió por su mejilla, lenta, dolorosa, helada, una de esas lágrimas silenciosas que trazan un surco, tanto son amargas.

— ¡Qué invierno! dijo la tía Juana, hasta los animales tienen frío y hambre; he encontrado una cierva de este lado del estanque grande... ¿qué ha de suceder? Hay más de un pie de nieve en el bosque.

— ¿Y con este tiempo habeis venido de Marlotte solo por mí?

— ¡Oh! eso no le hace nada. Vamos, añadió mirando á la viuda y á su hijo con aire de lástima, me parece que no estais muy sobrados... ¿puedo yo hacer algo? decídmelo francamente.

— Nada... nada, tía Juana, mil gracias os doy, respondió Teresa.

La viuda, como todas las personas que se han encontrado en una posición mejor, se avergonzaba de su miseria, y antes habría muerto que solicitar ó aun aceptar un socorro de nadie, excepto de aquellas personas que estaban en el secreto de su desgracia, como por ejemplo el cura de Montigny.

Sin embargo, Isidoro que podía medir ahora la profundidad de su miseria, se paseaba en la cocina oyendo sin querer las palabras de la tía Juana y fijando alternativamente sus ojos inquietos sobre los muebles y las paredes como para buscar un medio de salvación en

aquel duro trance. Sucedió, pues, que en el momento en que la tía Juana hablaba de la cierva que había encontrado en el estanque grande, los ojos de Isidoro estaban clavados en una escopeta colgada bajo la campana de la chimenea.

Un pensamiento atravesó su cerebro; pero se sentó; ocultó la cabeza en sus manos, y esperó á que se marchara la tía Juana.

En cuanto salió la lugareña, se levantó y cogió la escopeta.

— Ya pensé yo en ella, dijo la viuda, pero es casi el único recuerdo que me queda de tu padre, y siempre retrocedía ante ese último sacrificio. Darán tan poco... pero tienes razón, véndela, pues la necesidad no tiene espera.

Isidoro no respondió nada; miró por la ventana... ya era de noche, una noche clara iluminada á la vez por las estrellas y por la nieve. Buscó en un cajón, se metió en el bolsillo diferentes objetos, tomó la escopeta y salió.

— Acostaos, madre mía, dijo al cerrar la puerta; ya es tarde, Fontainebleau está lejos y no podeis esperar.

Isidoro no volvió en toda la noche, pero á la otra mañana á las diez, la escopeta estaba en su sitio de la vispera, y sobre una lumbre de leña menuda una cazuela hervía alegremente.

Se había puesto al acecho, había matado á un ciervo, le había llevado á Nemours en un asno cargado de paja y le había vendido por ocho pesos.

Y hé aquí como Isidoro se había hecho ladrón de caza en los bosques del Estado.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — La primavera no acude al llamamiento de los parisienses. — Apertura de la Exposición Universal. — Los extranjeros y los provincianos en París. — Siguen á la moda los vestidos huecos. — Conjunto de varios trajes de paseo. — Un prendido de muselina bordada para salir en coche. — De cómo se engañan á los hombres. — De lo que se entiende por sencillez elegante. — Un corpiño suizo y un chal Maintenon. — Un sombrero de paja de arroz enlutado. — La paja belga triunfa de la paja calada. — Novedades de chales y manteletas. — Descripción del figurin que representa trajes de niños.

La primavera no quiere hacer caso de los parisienses, y sin embargo, ¡Dios sabe si la moda, la coquetería y las mujeres bonitas la desean! Pero nada; en vez de rayos de sol hemos tenido ráfagas de viento, torbellinos de lluvia glacial que han obligado al mundo elegante á permanecer junto á la chimenea. Mientras las lilas se abrían titando sobre sus tallos delicados y las flores de Santa Lucía arrojaban al viento su blanca florecilla perfumada, las bellas señoras se calentaban como en diciembre. En cuanto la temperatura se calmaba un poco, al instante coches y caballos corrían al lago del río del bosque de Boloña, y á los Campos-Elíseos. — ¡Qué dicha! exclamaban por todas partes; ¡qué hermoso sol! Ya está aquí la primavera; risueña primavera, no te vayas. — Pero en breve se acababa el buen tiempo, la primavera duraba solo un día; ¡primavera ingrata!

El palacio de la Exposición Universal se abrió, pues, en un día sombrío, pero cuando el cortejo imperial se puso en marcha, resplandecieron de repente algunos hermosos rayos de sol iluminando la magnífica carroza de espejos donde la emperatriz Eugenia aparecía como una vision-encantadora. Nunca la Emperatriz estuvo mas hermosa que aquel día. Llevaba un vestido verde primavera enteramente cubierto de punto de Alençon, y en su preciosa cabeza relumbra una corona de diamantes y de esmeraldas. Por eso obtuvo un verdadero triunfo de mujer bonita, pues los homenajes y ovaciones que recibió se dirigían tanto á su hermosura como á su título de emperatriz.

La Exposición atrae á nuestra capital á los mas ricos extranjeros y á las señoras mas coquetas de nuestras provincias. Pero es de advertir que ya las provincias no muestran aquellos prendidos ridículos de otro tiempo; hoy se han dado á la coquetería por vía telegráfica, tan al corriente están de las maravillas de la moda y de la industria artística. Ya no siguen las modas del año 1812; la capota en forma de cabriolé, el vestido de talle corto, el chal á la Corina, el ridículo de terciopelo con cuentas de cuero, todo esto ha desaparecido. La provinciana es tan elegante, tan parisiense como la misma parisiense.

Únicamente las inglesas conservan sus trajes excepcionales y característicos. No hablo de las inglesas afrancesadas, de esas ladies rubias y graciosas que son las perlas finas y aristocráticas de todas las hijas de Eva, sino de la inglesa verdadera, la que va hueca como una campana, con un velo de gasa color de chocolate ó porcelana de Sevres. La inglesa verdadera debe experimentar cierta satisfacción orgullosa al ver que la parisiense ha consentido en perder su tipo de mujer elegante para ahuecarse tambien de una manera excéntrica.

Es verdad que nunca la moda ha sido tan caprichosa, tan lujosa, tan original como en el día; hoy quiere sorprender y deslumbrar al universo entero. Las hermosas damas

que se apean del coche para dar una vuelta por las orillas del lago del bosque de Boloña parecen hadas; sus vestidos llevan tantos adornos, tanta cinta y encaje, que con una falda de hoy habria para adornar tres de las antiguas. Entraré en la descripción de algunas:

— Un vestido de granadina fondo de color de lila con volantes de cuadritos satinados blanco y color de lila; en torno de cada volante hay un rizado de guipure, mitad blanca, mitad negra; el corpiño tiene dos faldetas fruncidas en volantes; en cuanto á los tirantes son una ancha cinta prendida sobre el hombro con un lazo; no van pegados á la tela, lo que hace muy bien cuando se tiene un talle fino y flexible.

— Un vestido de tafetan azul céfiro con un corpiño Mignon escotado; la escotadura del corpiño va marcada con afollados de tul blanco sembrados de lacitos mariposa de cinta azul; la falda lleva cuatro volantes con dos hileras de iguales afollados adornados con lazos de cinta azul.

— Un vestido de tafetan verde primavera con cuatro volantes guarnecidos de encaje negro ó de guipure de 10 centímetros, y un rizado de cintas color del vestido con filete negro; el corpiño sin faldetas, es subido, de corte cuadrado, y va guarnecido de encajes y de ruches.

— Un vestido de barege malva con tres volantes forrados de tafetan á cuyo borde hay un rizado menudo de tafetan cortado bastante voluminoso; las mangas tienen tres volantes guarnecidos como los de la falda, y el corpiño es de faldetas con tirantes.

— Un vestido de tafetan rosa de China con una falda de cinco volantes que rematan redondeándose sobre cada costura del paño del delantero, dejando este paño completamente liso; cada volante va guarnecido con un encaje negro de 4 cent.; el corpiño es abierto, de faldetas y con tirantes de terciopelo negro que terminan en el talle con un lazo de puntas largas; mangas de tres afollados con un lazo de terciopelo negro entre cada uno de ellos.

— Un vestido de muselina blanca con tres volantes ricamente bordados; sobre cada volante hay un afollado de muselina con puntilla de Valenciennes; por este afollado pasa una cinta de tafetan azul celeste, y á los dos lados de la falda á la altura de cada volante hay un lazo de cinta azul con puntas flotantes. El corpiño de faldetas de muselina bordada va afollado por todas partes, y en cada afollado aparece una cinta azul; desde los hombros caen unas solapas de muselina bordada que bajan en punta al talle y que continúan en berta por detrás; las mangas llevan tres volantes y tres lazos de cinta azul.

Este último traje solo se lleva para ir en coche, y sólo es admisible para grandes corridas. Desde luego el verdadero lujo no anda por las calles, por mas que los hombres, que son poco conocedores en modas femeninas, se extasien ante algunos prendidos que se ven por el boulevard y que tienen mas dejestambóticos y de mal gusto que de verdadera elegancia. Es verdad que estos á que aludimos tienen por único fin el producir efecto, pero los hombres ignorarán siempre que la sencillez elegante y nada mas es lo que constituye el lujo de las mujeres bien nacidas.

Por sencillez elegante entiendo yo las flores de distinción del buen gusto, tanto en ropa blanca como en prendas hechas y en tocados. La ropa blanca de mañana, muy fina y sin embargo sin apariencia ni brillo, es artículo de especial cuidado para toda señora elevada; solo ella sabe apreciarla en lo que vale. Verbigracia, un cuellito sencillo, un simple bordado fino con una pequeña guipure, es una verdadera alhaja. Este cuello va suelto y se coloca sobre un vestido de corpiño alto. Las mangas consisten en dos gruesos afollados de muselina y dos volante de entredos de bordado y de guipure; el primer volante es mucho mas ancho y mucho mas largo que el segundo que rodea el brazo.

Tenemos además una manga pequeña que se llama manga Juanita... ¿porqué?... Porque parece una manga de aldeana cuando es lo mas parisiense que puede darse. Esta manga es de tul negro con un grueso afollado de tul y un volante de Chantilly de ondas chinecas, recogido de distancia en distancia con lazos de cinta azul ó color de rosa. Esta manga Juanita se hace tambien de tul blanco con punto de Inglaterra ó de Alençon.

Pero vamos á señalar dos novedades admirables, á saber un corpiño suizo y un chal Maintenon. El corpiño suizo es de muselina blanca rayada de entredos de guipure de hilo con bandas de terciopelo negro. El delantero y la espalda de este corpiño original llevan las mismas bandas de terciopelo y de guipure, y cinco lazos de terciopelo negro le cierran desde la escotadura hasta el talle. Lleva faldetas. Las mangas van rayadas horizontalmente de guipure y de terciopelo hasta el codo, y despues hay un afollado de muselina y un volante de guipure y de terciopelo. Es imposible imaginar nada mas elegante y fantástico que este corpiño.

Lo mismo podemos decir del chal Maintenon, que es de guipure blanca y terciopelo negro. Sobre la guipure hay una disposición de pequeños volantes negros. Vemos pues que la moda se viste de negro y que sabe llevar muy bien el luto de su coquetería. Los sombreros adoptan igualmente el blanco y el negro, capricho que sienta á las maravillas en la paja de arroz. Estos sombreros se adornan con dos guarniciones de encaje negro par detrás, un velo pequeño de Chantilly y un lazo de cinta de tafetan blanco donde se sostienen dos plumas blancas y negras de puntas flotantes. Por dentro se ve una rosa de cien hojas.

Es muy bonito tambien un sombrero de color de rosa con una Sevigné de florecillas del mismo color, rizada al rededor del ala. Por dentro las florecillas son blancas. Citaré tambien un sombrero de paja de arroz con ala calada y

adornos de gruesos afollados de tul y de hebillitas de paja con ramitas de acacia ó de hojas de viña. Sin embargo, la paja calada no está muy á la moda este año; se prefiere la paja sencilla, la paja belga.

En cuanto á tocados nuevos tenemos la *bateiera*, de jaconas ó de percal con florecillas que forma como un sombrero catalan encima de la cabeza envuelto en mucha tela; nada es mas gracioso para el campo; la *bateiera* reemplaza los capuchones de jaconas antiguos ya y poco elegantes.

Entre las últimas novedades figura el chal duquesa compuesto de una ancha cinta blanca, azul ó de color de rosa que constituye el casco del chal; en la orla flotan tres hermosos volantes de punto de Inglaterra.

Despues tenemos el chal parisiense de tafetan negro enteramente bordado al plumetis con dos volantes muy altos de encaje de Chantilly, y luego el chal Médicis de tafetan negro todo bordado de azabache y de pequeños arabescos á cordoncillo; este chal lleva dos volantes de Chantilly ilustrados con anchos rosetones venecianos.

Señalarémos tambien una manteleta-chal de tafetan blanco bordada al plumetis y al pasado con una ancha franja de cascabelillos de seda y mezcla de felpilla blanca, y por último otra manteleta-chal de tafetan negro con un gran volante rizado de cinta de gasa con estrellitas de terciopelo. La escotadura del chal va rizada y lleva una especie de cuello largo de encaje de Chantilly que cae sobre el volante.

Termino esta revista de la moda con la descripción de nuestro figurin que representa trajes infantiles.

El primero es el de una niña de doce años. — Falda de tafetan color de perla rayada de filetes color de cereza dispuestos en cuadros; corpiño de muselina blanca bordada de dobles faldetas onduladas en anchos festones. El corpiño lleva tirantes de muselina bordada que caen muy abajo sobre el hombro; las mangas tienen en la costura una banda de muselina bordada; bajo las mangas aparecen frescos afollados de tarlatana con lacitos de color de rosa. Brazaletes de cinta color de rosa; guantes de Suecia; sombrero de paja suiza adornado con lazos de cinta color de rosa; botitas del mismo color que la falda.

El segundo traje pertenece á una niña de siete años. — Vestido de tafetan verde primavera, con un corpiño escotado de faldetas, guarnecido de fleco verde con una franja encima de guipure calada. Toca de muselina con entredos de valenciennes marcando ligeramente pequeños afollados; pantalon bordado y botitas de piel dorada.

El tercer traje es el de un niño de cuatro años. — Blusa de nankin de las Indias adornada con galones blancos en tablero de damas; mangas cortas, muy anchas y fruncidas en gruesos canelones; camisa de batista con cuello de bordado inglés; las mangas tambien de pliegues van cerradas con un entredos de bordado. Pantalon bordado muy corto; medias de hilo de Irlanda, botitas de satin francés color oscuro.

El cuarto traje es para niña de cinco años. — Vestido de valencias color de rosa adornado en toda la falda con galones color de rosa de la China; corpiño escotado, abierto y con lazos de cinta rosa; mangas justas con volante marquesa, ribeteado con galon retorcido; camisolin escotado de pliegues menudos; mangas interiores muy cortas, tambien de plieguecitos, y cerradas con un puño; botitas de satin francés color oscuro.

El quinto traje es de niño de doce años. — Chaquetilla de casimir negro; pantalon ceniciento con trabillas; chaleco de piqué blanco; camisa de pliegues menudos, y corbata de muaré azul con lazo y puntas sueltas.

El sexto traje es para niña de cinco años. — Sobretodo de terciopelo color de castaña, guarnecido con un ancho sesgo de muaré azul que sigue los contornos del sobretodo; pantalon bordado; cuello bordado; mangas anchas y cortas forradas de muaré azul; gorrita de terciopelo azul adornada con cinta de muaré y botitas azules.

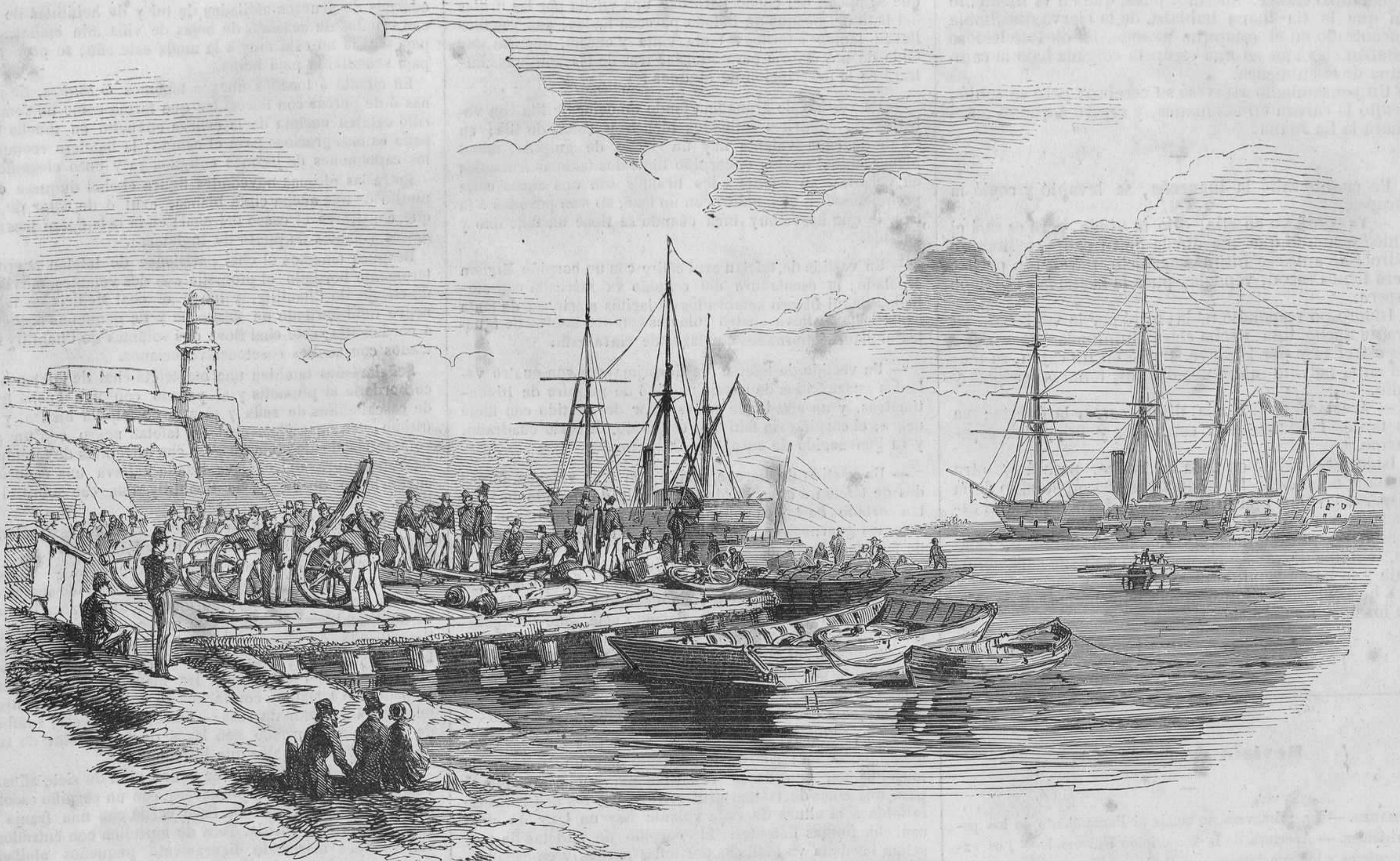
El séptimo traje pertenece á un niño de siete años. — Chaquetilla bretona de cachemira color de violeta adornada con terciopelo negro; pantalon flotante y cerrado sobre la rodilla de cachemira color de violeta; pantalon interior de guipure; camisa de batista, cayendo en gruesos pliegues sobre el pantalon adornado en la cintura con hebillitas de terciopelo; botitas cenicientas con puntas de charol.

El último traje es para niña de diez años. — Vestido de tafetan azul celeste con falda adornada de tres grandes volantes simplemente hilvanados; corpiño subido y de faldetas con tirantes de cinta cayendo por detrás y por delante en largas puntas sueltas; mangas muy cortas, ligeramente afolladas por arriba, con sesgos de cinta y lazo de puntas flotantes; cuello bordado; mangas interiores compuestas de tres volantes de encaje; guantes de color de paja; pantalon bordado; botitas cenicientas; sombrero de gasa blanca con lazos de cinta de tafetan blanco tendidos sobre el ala y cayendo á cada lado en puntas flotantes; en el borde del ala se ve un rizado de blonda; interior de blonda y de rositas de mayo.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

Embarques de tropas para Oriente.

Desde el principio de la guerra de Oriente reina la mayor actividad en los puertos franceses de Tolon y Marsella. Continuamente se hacen envíos de tropas de todas armas en mas ó ménos número, para aprovechar las salidas de los buques y completar y aumentar los cuadros del ejército. Sobre todo en estos últimos meses,



Embarque de artillería pesada en el arsenal marítimo de Tolon.

es decir desde el principio de la primavera, los movimientos de tropas se han sucedido puede decirse sin interrupcion, y los valerosos combatientes de la Crimea han debido recibir á menudo buenos refuerzos Esperamos que los generosos sacrificios de la Francia y de la

Inglaterra en esta lucha de tan alto interés para la Europa entera, serán recompensados en breve por una de esas grandes victorias, que deciden por mucho tiempo la suerte de las guerras, cuando no producen, como es mas regular, una paz estable y duradera. Los lauros

adquiridos ya por el valeroso ejército franco-inglés en Oriente, pueden infundir esta esperanza á los que sinceramente anhelan ver terminada esta contienda con honra y ventaja por parte de los defensores del débil contra el fuerte.



Preparativos del embarque en Marsella de una columna de tropas para Oriente.

JL.